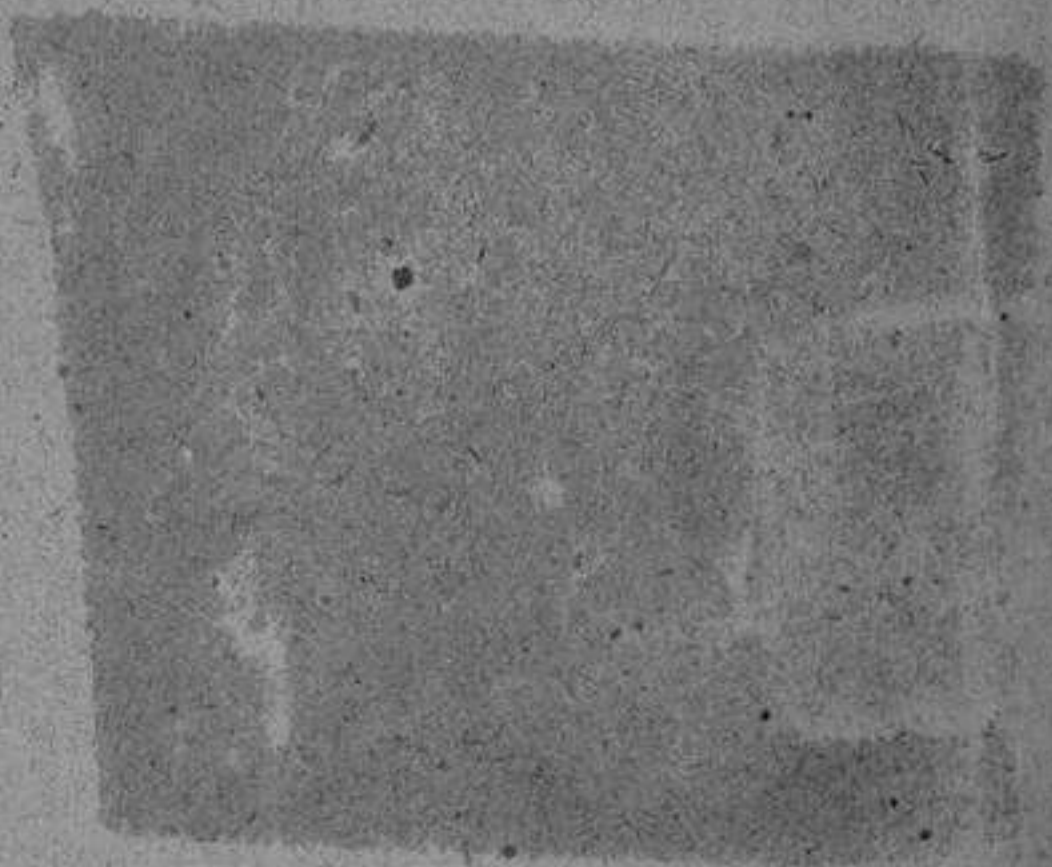


1

1. Virgen María - D. W. D. W. D. W.

247.159:4



C 43733

N.º 90.

CONSIDERACIONES

á la

LETANIA LAURETANA

POR

D. Francisco Javier Dornn,

PREDICADOR DE FRIDBERG,

TRADUCIDAS DEL LATÍN Y ARREGLADAS POR EL PRESBITERO

D. RICARDO ELÍAS Y MARTÍNEZ,

CURA PÁRROCO DE ALCANADRE

Ricardo Elías

LOGROÑO:

Imp., hb. y encuad. de EL RIOJANO

1899



CONSIDERACIONES

Á LA

LETANIA LAURETANA

POR

D. FRANCISCO JAVIER DORN,
PREDICADOR DE FRIDBERG,

TRADUCIDAS DEL LATIN Y ARREGLADAS POR EL PRESBITERO

D. RICARDO ELÍAS Y MARTÍNEZ,

CURA PÁRROCO DE ALCANADRE.

LOGROÑO:

Imprenta, librería y encuadernación de EL RIOJANO

1899



R. 21.533

GOBIERNO ECLESIAÍSTICO

DEL OBISPADO DE CALAHORRA Y LA CALZADA. S. V.

Visto el dictamen de nuestro censor acerca de sus «Consideraciones á la Letanía Lauretana, etc. etc.,» y resultando que según dicho dictamen nada hay en su obra contrario á la fé y buenas costumbres, antes bien ha de contribuir á estender, propagar y aumentar la piedad y devoción de los fieles á la Madre de Dios, venimos en autorizar la impresión y publicación de la misma.—Dios guarde á V. muchos años.—Calahorra 2 de septiembre de 1899.—El Vicario Capitular S. V.—Dr. Santiago Salacios y Cabello.—Hay una rúbrica.—Sr. D. Ricardo Elías, Cura párroco de Alcanadre.

DEDICATORIA

CONSAGRACION.

Á NUESTRA SEÑORA DEL CORTIJO,

que se venera
en la villa de Soto de Ca-
meros, en testimonio de
filial devoción.

EL TRADUCTOR

CONSEJERIA

A NUESTRA SEÑORA DEL CORTIJO

que se venera

en la villa de Soto de Ca-

ñeros, en testimonio de

su devoción.

EL TRADUCTOR

DEDICATORIA

AL ILMO. SEÑOR DR. D. SANTIAGO PALACIOS Y
CABELLO, PRELADO DOMÉSTICO DE SU SANTIDAD,
DEAN DE LA S. I. CATEDRAL DE CALAHORRA Y
DIGNÍSIMO VICARIO CAPITULAR DE LA DIÓCESIS
(S. V.) ETC., ETC.

ILMO. SR.:

Cuanão comencé la traducción de las consideraciones á la Letanía Lauretana, sentí la gran necesidad de ponerlas bajo la protección de una persona respetable que les diese el prestigio de que la mía carecía. Y quién mejor que V. S. I? Prelado lleno de virtudes y de méritos, podía no ser el nombre de V. S. I. el primero que se ofreció á mi memoria? Era posible por otra parte no recordar los favores que V. S. I. me ha dispensado, para no desear que á este humilde é insignificante trabajo, aumentado con una preparación para recibir los Sacramentos de Penitencia y Comunión y modo de oír la Santa Misa, se uniese el nombre de V. S. I. que con tanto acierto y sabiduría rige los destinos de esta Diócesis?

Bien sé que, literariamente considerado, es tan

pobre este trabajo que tengo el honor de ofrecer á V. S. I., como cortos son mis talentos; pero si lo noble de las intenciones añade algún mérito á las obras de los hombres, ya puede V. S. I. admitirlo como digno, pues es hijo de nobles deseos, de ser útil á los demás y de contribuir siquiera sea con un insignificante grano de arena á dar á conocer á María Santísima.

Sírvase pues V. S. I. aceptar este humilde trabajo, no como fruto de mi talento, sino como nacido de un corazón lleno de nobles deseos y de gratitud á S. S. I. y con ésto se creerá más que recompensado.

EL TRADUCTOR.

Ricardo Luás

AL QUE LEYERE

La Letanía de la Reina de los Angeles se reza por todos los cristianos sin saber las más de las veces ni lo que dicen, ni los Misterios que esas breves palabras encierran: la falta, pues, de una obra que instruya á los fieles en tan importante materia es de suma necesidad.

Bien persuadido estoy de que sobre este asunto se ha escrito mucho, obras de todos, mas no pretendo, al publicar este librito, llenar ese vacío ni decir nada nuevo: es obra superior á mis conocimientos, mi única aspiración es facilitar á las almas piadosas un medio más para santificarse con la lectura de la Letanía Lau-

retana, y que las alabanzas que se cantan á María sean entendidas por todos.

Al hacer la traducción me he visto en la necesidad de aumentar algunos conceptos para mayor claridad, pero conste que no quiere por esto erigirse en maestro el que siempre será el último de los Sacerdotes y el menos aventajado de los discípulos,

RICARDO ELÍAS Y MARTÍNEZ.

Kyrie eléison!

Nada más justo que exponer el Santísimo Sacramento en un altar dedicado á la Virgen Santísima, pues María repetidas veces es llamada por los Santos Padres *Templo y Ara de Dios*; Dios debe colocarse en su altar. María es conocida con el nombre de *Arca de la Alianza*; en esta *Arca* debe guardarse el *Maná divino*. Además, María se llama *Campo bendito*; en él, pues, debe aparecer el fruto santo ó de santificación.

Las alabanzas de María se cantan y se predicán hoy en todas las lenguas por todo el orbe cristiano: de aquí que con gran verdad podemos exclamar: *Laudis ejus plena est terra.* (Hab. c. 3.) La tierra está llena de sus alabanzas. ¿Qué diré de los oficios solemnes que se cantan en sus festividades? ¿qué de las oraciones y rosarios? ¿qué de las Letanías Lauretanas que pública y privadamente se cantan y rezan por sus devotos? No son sino el compendio de las alabanzas de María.

Las letanías siempre comienzan por estas palabras: Kyrie eléison! que significan: *Señor, ten misericordia de nosotros.* Así como en otro tiem-

po David pecador clamó al Señor diciendo: *Miserere mei Domine, Señor, ten misericordia de mí*, del mismo modo todos los pecadores deben decir de lo íntimo de su corazón: *Domine miserere! ¡Señor, ten misericordia de nosotros!* Y, ciertamente, en peligro del cuerpo ó del alma Dios se apiadará de nosotros, principalmente de aquellos que dicen repetidas veces á María: *¡Ora pro nobis!* Ruega por nosotros.

¡Dios mío! No hay peligro que pueda compararse al peligro del alma; el hombre en pecado mortal está pendiente de un hilo finísimo, el cual, una vez roto, le precipita en el infierno. Conozco este peligro y al mismo tiempo mi gran flaqueza, por lo cual humildemente os digo: *Domine miserere mei! Señor, ten misericordia de mí!* Libradme de los peligros del alma; defendme de las asechanzas de Satanás. Para estar cierto de conseguir vuestra misericordia, os digo por María, á la cual nada podeis negar: *Kyrie eléison! Señor, ten misericordia de nosotros.*

Christe eléison!

No es raro pintar á Jesucristo teniendo en la mano tres saetas, para indicar las penas que tenía preparadas por las graves y repetidas maldades que se cometían en el mundo; pero se aplacó su ira por la intercesión de María. En aquellos

tiempos en que parece estaba dada la sentencia de Dios para tomar venganza de los pecadores, Francisco y Domingo se dirigieron á María diciéndola: *Sub tuum præsidium confugimus. Bajo tu protección nos ponemos.* Y ¡cosa estupenda! el perdón se alcanzó por María. En el libro 3.º de los Reyes, cap. 2.º se lee que Bethsabée habló á su hijo Salomón de esta suerte: «Una gracia bien pequeña vengo á pedirte; no me hagas el desaire de negármela.» Respondióle el Rey: «Pide, madre mía, que no es razón que yo te disguste.» Lo mismo habla el Rey Cristo con María: Pide, Madre mía; todo lo que pidas, conseguirás, y se hará. Ya no hay temor de errar si decimos de María que: Todo lo que puede Dios por su virtud, lo puede María por sus ruegos.

Cuando cantamos las letanías, al instante decimos: *Christe eléison!* esto es, Cristo, ten piedad de nosotros. Así clamaban en otro tiempo los ciegos á Jesucristo: «Jesús, hijo de David: ten misericordia de nosotros.» En el Evangelio se lee que un padre le decía: «Señor, ten compasión de mi hijo, que está endemoniado.» Y así como Jesucristo se compadeció de ellos, igualmente tendrá misericordia de aquellos que piden el perdón por su Madre.

¡Oh dulcísimo Jesús! Por aquella gran misericordia que tuviste con los hombres en la tierra, dando vista á los ciegos, palabra á los mudos, oído á los sordos, salud á los enfermos, vida á los

muertos, recibiendo á grandes pecadores en tus gracias, absolviéndolos de sus pecados, os suplico humildemente me deparéis vuestro auxilio en mis necesidades, vuestra fortaleza contra mis enemigos, y principalmente dadnos el perdón á todos los pecadores, que por María os decimos: *Christe eléison*. Cristo, ten misericordia de nosotros.

Kyrie eléison.

San Pablo decía á los hebreos: «Lleguémonos confiadamente al Trono de la gracia, á fin de alcanzar misericordia.» (Heb. 4.) Aunque estas palabras se entienden principalmente de Jesucristo, como autor de la gracia, pueden aplicarse al trono de María, porque según la salutación An-gélica está *llena de gracia*, es como la llave para entrar en los tesoros celestiales; y así como sin la llave nos será muy difícil obtener el tesoro, así, no contando con el favor de María, difícilmente alcanzaremos la gracia.

Léese en la Escritura que el trono de Salomón estaba adornado con leones; del mismo modo el trono de María está como rodeado de reyes de las selvas para indicarnos que, una vez que consigamos acercarnos á ese trono de gracia, alcanzaremos una como fuerza leonina para resistir á los ataques de nuestros enemigos mundo, demonio y carne y con ella vencerlos fácilmente.

Dichoso será el pecador si se dirige á ese Trono de gracia, y clama á María, como en otro tiempo Abraham, por miedo á la muerte, á su mujer Sara: «Te ruego digas que eres mi hermana.» Tal alma horriblemente deformada por el pecado, otra vez será purificada; mortalmente herida, otra vez será sanada; muerta espiritualmente, otra vez será vuelta á la vida y, como dice San Pablo, se hará en Cristo como una nueva criatura.

Adoro la inefable misericordia que muchísimas veces han experimentado los pecadores: aquella que experimentó David después de aquel humilde suspiro: ¡peccavi! pues mereció oír estas consoladoras palabras: «el Señor ha trasferido tus pecados;» la que experimentó Zaqueo, cuya casa se llenó de salud por Vos; la que experimentó San Pedro, que después de su triple negación, le recibiste con cariño; la del ladrón en la cruz, al cual diste el perdón y al mismo tiempo el Paraíso. Esta misericordia, que habeis mostrado con estos y con otros muchos pecadores, la adoro y os la pido para mí, por intercesión de la Virgen, diciéndoos: Kyrie eléison! Señor, ten piedad de nosotros.

Chiste audi nos.

Cuando Salomón ofreció sacrificios en unión de su pueblo al Señor, Este se le apareció diciéndole: «Yo tambien desde el Cielo le escucharé (á tu

pueblo) y perdonaré sus pecados». (Paral. 2 c. 7.º) Grande y admirable fué esta promesa; semejante es la que hace Cristo á su Madre, pues le prometió que las súplicas de los verdaderos devotos de María siempre serian oidas del Cielo, y que siempre le tendrían propicio.

«He oido los clamores de los hijos de Israel», decía Dios á Moisés, y lo mismo parece que dice Cristo á su Madre: He oido los clamores de tus hijos, á todos les presto oidos benignos y les doy gracia, fuerza y alegría ¿Y como ¡oh Madre! me he de negar, cuando tú los proteges como á hijos y los recibes bajo tu protección? Consideremos estas palabras que la Madre parece dirige á los hijos: Yo seré buena Madre, sé tu buen hijo, así seré Madre para ti, para que nazcas en mí.

Ved á los verdaderos devotos de María pidiéndole gracias; gracias que ella entrega á su Hijo, para que las suscriba, diciendo: *ifiat!* Uno pide ser librado de la infamia; otro de la enfermedad, aquél de la tempestad, éste de una muerte repentina, aquella del espíritu de fornicación, ése de la ira de Dios y todos del pecado; y todos, todos son escuchados por María: el que tome á María por su abogada y protectora tendrá á Jesucristo como á Juez benigno

Llaman á Jesucristo *Buen Pastor*, porque busca á la oveja perdida; *Rey benigno*, porque perdona á su siervo diez mil talentos; *Samaritano misericordioso*, porque cura las heridas; *Padre clemen-*

te, porque admite otra vez á su gracia al hijo desobediente. Yo os pido, ¡oh *Buen Pastor!* que me busquéis á mí, oveja perdida: á mí, *Rey benigno*, perdóname mis deudas; sanad las enfermedades de mi alma, *misericordioso Samaritano*; recibid en vuestra gracia á este miserable pecador, que os lo pide por vuestra Madre, diciéndoos: *Christe audi nos!* Cristo, oyenos.

Christe exaudi nos.

Jesucristo, *Sol de justicia*, dirige sus rayos á María. Por estos rayos entienden las gracias que Dios infunde en su Madre, y que por ella nos las dá abundantemente á los hombres. ¿Y por qué esto? Para que sepamos que María es como la puerta de la gracia; de donde se sigue que por ella podemos obtenerlas fácilmente; el que llama á esta puerta, esto es, el que pide la gracia á Dios por María, y clama: *Christe exaudi nos!* Cristo, escúchanos, le será concedida.

Cuando se presenta al Rey una petición por la misma Reina, aquella será preferida á otras. Así, cuando pedimos por la intercesión de María, al momento dice Jesucristo: *Fiat*; y entonces la Virgen nos dice por los nuncios celestiales: *Exaudivit me Dominus*; me ha escuchado el Señor, ó lo que es lo mismo: Todo lo que habéis pedido se os ha concedido y todo lo que pidáis se os dará. Pe-



dís la salud? *Fiat*. Riquezas? *Fiat*. El don de la santidad? *Fiat*. El pan cotidiano? *Fiat*.

Pero no es suficiente decir una ó dos veces por María: *Christe, exaúdi nos, Cristo, escúchanos*, sino que debemos clamar hasta ser oídos. Así como no es suficiente una lluvia para sembrar la tierra, ni para que produzca frutos, igualmente la primera petición no suele ser bastante para que nos oiga Dios; El nos amonesta por el Apóstol que oremos sin intermisión, esto es, constantemente. Si nuestras súplicas no son oídas al instante, repitamos éstas; si llamamos y no nos abren, llamemos otra vez con más fuerza y seguramente nos abrirán.

¡Oh mi señor Jesucristo! Cuando estuviste en la tierra pusiste remedio á las dolencias de los que os seguían; ahora, sentado á la diestra de Dios Padre, humildemente os rogamos prestéis oídos á nuestras peticiones y pongáis remedio á nuestros males; haced que mi amor crezca siempre en Vos, que mi devoción se aumente hacia vuestra Madre y por fin que mi caridad se ejercite con mis prójimos. Para obtener estos tres dones os digo una vez más por María. *Christe exaúdi nos! Cristo escúchanos.*

Pater de coelís Deus.

Mandó Abrahám á su siervo Eliecer buscar

esposa para su hijo Isaac, y lo primero que hizo éste al ver á Rebeca, fué preguntarle: Dime: «de quién eres hija.» (Gen. 24 v. 23.) Esta misma pregunta se hace á María y se dan estas respuestas: el Padre celestial dijo á María: ¡Alégrate hija! María dijo: «Padre nuestro que estás en los cielos!» La Iglesia exclamó: Dios te guarde, hija de Dios Padre! De esto se deduce claramente de quién es hija María: es hija de Dios Padre.

Así puede María decir de sí misma: *Ego ab æterno ordinata sum*, cuyas palabras, según la interpretación de la Iglesia, denotan la excelencia y prerrogativa de María. Si alguno considera la generación de María y sus dotes admirables, no podrá menos de decir que María es más hija del cielo que de la tierra; porque por una especial gracia fué concebida en una madre infecunda y llena de todas las gracias y dones celestiales.

Siendo María hija predilecta del Dios Padre, Madre amadísima del Divino Hijo y Esposa gloriosísima del Espíritu Santo, posee el supremo grado de honor, el mayor que obtuvo y puede tener pura criatura. ¿Quién no se alegrará con esta grandeza? Como Hija, Madre y Esposa de Dios nos abre á nosotros como un triple camino para llegar al Trono de la gracia y de la gloria.

¡Oh Dios! Creador del Cielo y de la tierra, que habéis sacado al hombre de la nada por un efecto de vuestra misericordia y, lo que es mucho más, lo habéis formado á vuestra imagen y se-

mejanza: yo me duelo y me pesa de lo íntimo de mi corazón de haber manchado con mis pecados mi alma, imagen preciosa de Dios. Concededme, yo os lo suplico, lágrimas amargas de dolor hasta que sean borradas en mi alma las manchas de mis pecados; por María os lo pido: Pater de coelis Deus! miserere nobis. Padre Eterno Dios de los Cielos, ten misericordia de nosotros.

Fili Redemptor mundi Deus!

Aunque el título de Redentor solo conviene propiamente á Jesucristo, también puede aplicarse á María; puede en cierto modo llamarse Redentora del mundo, ya porque parió al Redentor del mundo, ya porque á innumerables pecadores los ha librado de la muerte eterna por su intercesión. El que desee tener propicio á su Redentor, procure primero hacerse agradable á María, diciéndola repetidas veces: Dios te guarde Madre de Dios Hijo.

Léese en las Sagradas Escrituras que el rey Asuero había dado sentencia de muerte contra los judíos; pero en tal forma, que todos debían morir en un solo día; no obstante este decreto, por la intercesión de la reina Esther, todos alcanzaron la gracia de la vida. La reina Esther es figura de María, potentísima abogada de los pecadores. Una vez que el Padre celestial decretase castigar en el acto las innumerables mal-

dades que en el mundo se cometen, si los pecadores recurren á María, si María enseña á su Hijo los pechos que le dieron de mamar; si el Hijo muestra á su Padre las cicatrices de las heridas, entonces se mitigaría la ira del Padre y la misericordia superaría, por decirlo así, á la justicia.

Si el pecador quiere decir verdad, no podrá menos de exclamar: Sé que vive mi Redentor. La obra de nuestra Redención dura aún virtualmente; por los pecados hoy mismo se crucifica de nuevo á Jesucristo; y sin embargo, perdona las maldades á los penitentes, y á sus enemigos, como en otro tiempo desde la cruz, les concede el perdón, se deja llevar de su gran misericordia, principalmente hacia aquellos por los cuales intercede María.

Señor mío Jesucristo, que las almas de los hombres por el pecado de nuestros primeros padres, entregadas al dominio de Satanás, las redimiste con tu preciosa sangre y por tu muerte las libraste de la perdición eterna, haz que yo estime más la mía y cuide más de ella. Yo os pido por María vuestra Madre: *Fili Redemptor mundi Deus, miserere nobis. ¡Hijo, Redentor del mundo, Dios verdadero, ten misericordia de nosotros.*

Spíritus sante Deus!

Representate al Espíritu Santo en figura de paloma que dirige sus ojos á María con dulce mira-

da y llevando un anillo esponsalicio, parece que la dice que la escogerá por Esposa. Después dice á Santa Ana: «Dame á tu hija por Esposa.» (2. Mach. c. 10.) A lo cual responde: «Yo te daré mi hija.» (1. Mach. c. 11). Bien puede alegrarse Santa Ana, diciendo á su hija: Dios te guarde, Esposa del Espíritu Santo.

La Iglesia llama y da culto á María como á Esposa del Espíritu Santo. Cuando el esposo celestial dice: «Una sola es la paloma, la perfecta mía, la esposa, la hija única de su Madre, la escogida de la que la parió,» (Cant. 6. v. 8.) sin duda de ningún género se lo dice á María, que es la paloma purísima, la más perfecta de las mujeres y elegida desde la eternidad.

Si no cabe duda que María es la Esposa del Espíritu Santo, necesariamente se sigue que fué llena de todo género de virtudes y de gracias; de suerte, que nadie con más verdad pudo decir: «Me dotó el Señor con una buena dote.» (Gen. 30) Aunque el Espíritu Santo dotó y dota con sus abundantes gracias á innumerables castas vírgenes, á ninguna con tanta abundancia y en grado tan excelente como á María, su Esposa dilectísima, de la cual puede decirse: «Muchas hijas reunieron riquezas, pero Tú las superas á todas ellas.»

¡Oh Espíritu Santo! que tomáste diversas formas para consuelo y salud de los hombres y de las almas: ahora figura de lengua para instruir

á los ignorantes; luego forma de fuego para encender á los frios en el amor divino; más tarde forma de paloma para dar mansedumbre á los vengativos; á Tí clamo con San Agustín: «Ilumíname para que piense el bien; obligame á hacer cosas buenas; persuádeme á que te ame; custodiame para que no perezca.» Yo os lo suplico por María, vuestra Esposa: *Spíritus sante Deus, miserere nobis! Espiritu Santo Dios, ten misericordia de nosotros.*

Sancta Trinitas unus Deus!

La letra *A* es símbolo de la Santísima Trinidad, y así como esta letra, aunque sea triangular, es una y se llama letra, del mismo modo la Santísima Trinidad consiste en tres Personas Divinas, cuyas tres Personas no son sino un solo Dios; y así del Padre, Hijo y Espíritu Santo decimos: *Hi tres unum sunt.* Esto según la Divinidad.

La dicha letra *A*, según la Sagrada Escritura, denota ó significa á Dios, pues, Él dijo de sí mismo: *Ego sum Alpha;* ó lo que es lo mismo: *Principio de todas las cosas.* La letra *A* es la primera y el principio de todas las letras; Dios es el principio, pero sin principio, como existiendo desde la eternidad, de todas las cosas. Considerando el misterio de la Santísima Trinidad, no debemos excedernos en investigar demasiado, sino sujetar

nuestro entendimiento á las verdades de la fé y decir con Jeremías: a. a. a. Domine Deus! ved que no sé hablar.

A la letra *A* sigue la *B*, y con verdad podemos decir que es la más próxima á la primera: la Santísima Virgen, significada con la letra *B*, es la más próxima á la Santísima Trinidad y como Hija del Dios Padre, Madre del Dios Hijo y Esposa del Espíritu Santo, supera en honor á todas las criaturas, las excede en gloria y en dignidad es incomparablemente mayor.

¡Oh Santísima Trinidad! ¡Padre, Hijo y Espíritu Santo! Yo indignísima criatura á Tí, Dios Trino, te adoro y con profundo suspiro tres veces digo: «a. a. a. Domine Deus.» Con trina voz y con contrito corazón suspiro: Ah! Ah! Ah! Ojalá nunca te hubiera ofendido! Ojalá que mi primer chillido *A* se hubiera unido á estas letras *M* y *O*, y que siempre desde mi cuna os hubiera dicho: *Amo*. Mas lo que no se hizo entonces, hágase ahora. En la palabra *amo* hay tres letras, luego mientas *amo*, trino te adoro. Para que mi propósito sea más firme, te pido la gracia divina por María: Sancta Trinitas unus Deus, miserere nobis! *Santa Trinidad, un solo Dios, ten misericordia de nosotros.*

Sancta María!

El ramo de olivas expresa el nombre de María. Y por qué un ramo de olivas? Porque la Escritura

parece que habla del nombre de María cuando dice: «Bálsamo derramado es tu nombre,» (Cant. c. 1.) y en otro lugar: «El Señor te dió el nombre de olivo bello.» (Jer. 11.) El aceite tiene en sí virtud sanativa y confortativa: el nombre de María sana, vivifica y conforta. Además el aceite mezclado con bálsamo es superior á todos los licores: el nombre de María, después del Nombre Divino, es el mayor y más excelente de todos los nombres. Por último, el ramo de olivas que la paloma llevó al Arca era señal de paz: el nombre de María, invocado fervorosamente, mitiga la ira de Dios.

El nombre de María no solo es nombre saludable, sino también terrible. Para quién? Para el diablo. Cuando Satanás dirige sus fuertes ataques contra los hombres, oído este nombre, suele huir, diciendo: *Terribile nomem ejus!* Cuando David peleó con Goliath, escogió cinco piedras al pasar un arroyo, y con una de ellas le hirió en la frente. ¿Qué significan estas piedras? Podemos entender por ellas las cinco letras de que se compone el nombre de María; pronunciándolas devotamente, el Goliath diabólico se fuga y es vencido.

Por fin, el nombre de María encierra en sí muchos misterios; se deriva de *A Mari*; para significar que María abunda en gracias, como el mar en aguas. Las letras que componen este santo Nombre contienen grandes alabanzas para la Virgen; en verdad, por la letra *M*, confesamos á Ma-

ría como á Madre y Mediadora de los hombres; por la letra *A*, como á Abogada de los pecadores; por la *R*, como á Redentora y Refugio de miserables; por la *I*, como á Iluminadora de los ciegos y Puerta del Cielo; y por la última letra *A*, como á Arca de salud y Abismo de misericordia.

Aunque no soy digno de que mis impuros labios pronuncien vuestro venerable Nombre, confiado en vuestra misericordia, lo pronuncio y digo: Oh María! por la invocación de tu nombre líbrame de los peligros del cuerpo y del alma; sed mi auxilio contra los enemigos visibles é invisibles. No os pido, sino que mis últimas palabras en este mundo sean Jesús y María, para que se verifique mi voto: Sancta María, ora pro nobis! *Sancta María, ruega por nosotros.*

Sancta Dei Génitrix

María puede decir de sí con verdad: «El que á mí me dió el ser, estableció en mí su tabernáculo ó morada.» (Ed. 24. v. 12.) Estas palabras significan que la Madre de Dios realmente fué María. Este es un título admirable; como Dios Padre produjo á su Hijo ab æterno sin Madre, as María concibió al Hijo de Dios en el tiempo sin Padre. Además, así como Dios por la única palabra *fiat* crió al mundo, con el *fiat* pronunciado por María, el Verbo divino se hizo carne, lo que ciertamente es admirable é incomprensible.

El título de Madre de Dios encierra en sí una dignidad y excelencia incomprensibles, lo cual se vé claramente, porque Dios, aunque Omnipotente, no pudo crear una Madre más excelente. María es el huerto de Salomón; Cristo, la flor de ese huerto; María es el templo; Cristo, el Sacerdote de ese templo; María es aurora; Cristo, el Sol; y así como no puede haber flor más hermosa, ni Sacerdote mayor, ni Sol más claro, igualmente no puede haber ni huerto más hermoso, ni templo más precioso, ni aurora más clara que fué María, Madre de Dios.

El título de Madre de Dios trae grandes beneficios á los hombres, principalmente para aquellos que son sus devotos. Grande utilidad resultó á los judíos cuando Esther fué escogida para Reina; grandes beneficios y utilidades á los egipcios cuando José fué como vi-rey de Egipto; pero mucho mayor fruto resulta á los hombres por ser María Madre de Dios, porque es mucho mayor su misericordia hacia nosotros que la que José tuvo en otro tiempo hacia los egipcios; que libra no solo de los males temporales, como Esther á los judíos, sino de la muerte eterna á innumerables pecadores.

¡Oh María! Yo te reconozco y venero como á verdadera Madre de Dios y á la vez que te llamo Madre, te suplico que alcances misericordia de tu Hijo para mí y para todos los pecadores. Yo te ruego que le digas: Hijo; mira á estos pe-

cadores; piensa que, aunque son pecadores, son hijos míos y hermanos tuyos; David lloró á Absalón, aunque era hijo desobediente y rebelde. No tendrás Tú misericordia de ellos, aunque sean pecadores? ¡Oh Hijo! perdona á mis hijos: Sancta Dei Génitrix, ora pro nobis. *Santa Madre de Dios, ruega por nosotros.*

Sancta Virgo virginum!

La virginidad de María simbólicamente se representa por un lirio, para denotar su triple virginidad: la que tuvo antes del parto, la que retuvo en el parto y la que conservó después del parto. Por esta trina y perfecta virginidad, no solo dijo Cristo de ella: «Una es la paloma mía, la perfecta mía,» sino que la Iglesia la adora é invoca como á Virgen de las Vírgenes.

Por muchas razones podemos llamar á María Virgen de las Vírgenes: ella fué la primera que consagró á Dios su virginidad sin precepto, sin consejo y sin ejemplo. En el Antiguo Testamento, que se consideraba la infecundidad como un castigo de Dios, la virginidad no tenía ningún valor. Otra razón es, que la virginidad de María tuviera una especial prerrogativa: fué hermosísima, pero su hermosura no incitaba á ningún hombre á impuro amor, ni aún al deseo.

Bien merece ser María la Virgen de las Vírgenes, porque es como la Capitana, la que lleva el

porta-estandarte de la virginidad; innumerable es el número de Vírgenes que al ejemplo de María ofrecieron á Dios su virginidad; por amor de ella dejaron las casas de los Reyes y de los Príncipes, encerrándose en los monasterios, para pasar una vida austera, y muchas dieron su vida por amor á esa preciosa flor de la virginidad. Cuando se adornaba Esther, al instante se engalanaban sus doncellas; así, mientras María se congratulaba como Virgen, la vieron las hijas y la llamaron beata.

¡Oh María! Yo te adoro, pero con culto y amor infinitamente mayor que á otras vírgenes. Venero á Bárbara con el cáliz; pero á Tí, ¡oh María!, que con tu Hijo apuraste el cáliz de dolor mucho más. Venero á Catalina con la rueda, pero á Tí, ¡oh María!, que como una rueda te mueves fácilmente, pero á misericordia, incomparablemente más. Venero á Tecla con la saeta; pero á Tí, ¡oh María!, cuya alma atravesó la espada de dolor, inefablemente más. Venero á Margarita con el dragón; á Tí, ¡oh María!, que aplastaste la cabeza de la serpiente, inexplicablemente más. ¡Oh María! Sancta Virgo virginum, ora pro nobis! *Santa Virgen de las Vírgenes, ruega por nosotros.*

Mater Chisti!

María es verdadera Madre de Cristo; en San Lucas (cap. 2 v. 7) se lee: «parió á su Hijo pri-

mogénito y envolvióle en pañales » Y en el cantar de los Cantares (cap. 1) no se dice: «entre mis pechos quedará?» María Madre de Cristo, puede decir á su Hijo como la madre de los Macabeos: «Te llevé nueve meses en mis entrañas, te alimenté con la leche de mis pechos y te he criado.» (Mach. 2 c 7.) Ser Madre de Cristo es lo mismo que ser Madre de misericordia: siendo Cristo verdadero Mesías, buen Pastor, misericordioso Samaritano y Salvador del mundo, cuyos títulos denotan una gran misericordia, María, como Madre de Cristo, participa de los títulos del Hijo y puede llamarse mediadora y corredentora del mundo.

Igualmente el título de Madre de Cristo es verdaderamente gloriosísimo, porque encierra en sí una suprema dignidad y excelencia que proviene á la Madre por el Hijo. Cristo es Rey de reyes y Señor de todo cuanto tiene ser: á la Madre de Cristo se la adora y da culto como á gloriosísima Reina y Señora del Cielo y de la tierra. Si Bethsabé se juzgó dichosa porque era Madre del rey Salomón, incomparablemente es más gloriosa María, porque parió á Aquel que es infinitamente más que Salomón.

Como he dicho, toda la gloria del Hijo redundaba en beneficio de la Madre: así que, si Cristo es fuente de vida, María, como Madre de Cristo, es el paraíso de donde nace esta fuente. Si Cristo es vid verdadera ¿no es María la viña fructífera? Si

Cristo se llama Ara de gracia, María puede llamarse Templo bendito. Gloriense las madres de sus hijos; alégrese Sara con su hijo el obediente Isaac; Rebeca con su fiel hijo Jacob; Raquel con su casto hijo José; infinitamente más puede gloriarse María de su Hijo Jesucristo, pues es la misma Santidad.

¡Oh María, gloriosísima Madre del Salvador! Acuérdate de aquellas palabras que Cristo dijo desde la cruz: «Madre, ahí tienes á tu hijo; hijo ahí tienes á tu madre.» Con San Juan todos deseamos ser hijos tuyos; sednos Vos Madre propicia, como lo fuiste con San Juan. Madre de misericordia, mira con piedad á los hijos infelices de Adán; á tí te pedimos auxilio en nuestras necesidades, vociferando: *Mater Chisti, ora pro nobis, Madre de Cristo, ruega por nosotros.*

Mater divince grátice

María, Madre de gracia, se representa como una fuente abundante en aguas; según la salutación Angélica está llena de gracia, y de sí misma en cierto modo puede decir: «En mí está toda la gracia.» Como el mar abunda en aguas, María, que toma el nombre de A--Mari, abunda en gracias; todos los ríos corren al mar; así todas las gracias que se encuentran en los Angeles y en los Santos están reunidas en María.

¿De dónde y cómo ha reunido María tantas gracias? Fácil es la respuesta. Una gran suma de dinero reeditúa mucho y por estos réditos crece y crece el capital; así María, que desde el principio de su vida tuvo más gracias que todos los santos, cooperando siempre á estas gracias y como por una sagrada usura, aumentó y acrecentó su caudal en todo momento. Además el Divino Padre á su Hija, el Divino Hijo á su Madre y el Espíritu Santo á su Esposa la enriquecieron con innumerables gracias.

Tengan confianza los hombres; una fuente abundante en aguas se difunde fácilmente; el mar se derrama por los grandes ríos, y María, fuente y mar de gracias abundantemente nos dispensará sus favores. Si no nos atrevemos á pedir á Dios, semejantes á los israelitas que le hablaron con más libertad por Moisés que por sí mismos, «acercuémonos al Trono de gracia,» esto es, al Trono de María, abundante en gracias y rica en misericordia.

¡Oh María! Yo, hombre miserable y pecador por mis grandes delitos comienzo casi á desesperar. Por ésto que comienzo á desesperarme, he pensado precipitarme en el mar, es decir, en Ti ¡oh mar de gracias! ¡María! Feliz seré si logro sumergirme en ese piélago insondado, pues mi alma seguramente arribará al puerto de salud. ¡Oh María! Mater Divinæ gratiæ, ora pro nobis. *Madre de la divina gracia, ruega por nosotros.*

Mater purísima!

No sin razón se compara María á la luna, pues la Escritura la llama «hermosa como la luna,» y se dice que la tiene á sus pies. Por esto se significa la pureza de María: *Tota pulchra es, et macula non est in te.* Toda eres hermosa y mancha de pecado no hay en Tí. Dios siempre amó la pureza; el Arca se cubría con oro purísimo; San Juan vió las plazas del Cielo adornadas con piedras preciosas; Dios excluyó del sacrificio las ovejas manchadas; ¿quién dudará prudentemente que Dios no eligió una Madre purísima?

Nótese bien que de María se dice «*Tota pulchra;*» toda bella, de donde se infiere que no tuvo ninguna mancha, ni aún la original. Si consultamos á la misma razón, nos dictará esta verdad: ¿quién creerá que Jesucristo eligió Madre que con Eva fué desobediente, que contra la prohibición divina extendió su mano á la fruta vedada, y que fué bajo la potestad del diablo, aunque por poco tiempo? El Rey Asuero eligió esposa después de presentarle las mujeres más hermosas; nosotros piadosamente podemos creer, y es de fé, que Cristo eligió de entre todas las mujeres una Madre purísima, toda limpia, esto es, sin mancha de pecado original.

En los hechos apostólicos (cap. 10) se lee: «Lo

que Dios ha purificado, no le llames tú profano» (ó lo que es lo mismo, vulgar.) Sí, pues, Dios eligió una Madre pura, no fué su pureza vulgar, sino de tal manera pura, que no le fué común á ningún otro. San Juan en el vientre de su madre fué purificado de la mancha original; María, como Madre de Dios, fué digna de mayor gracia, y sin duda alguna, fué preservada del pecado original; de lo contrario, su pureza era común y aún mayor la del Bautista.

¡Oh María, toda hermosa y purísima Madre! Yo creo y defiende firmemente tu pureza inmaculada: yo te juzgo semejante á aquel campo egipciaco que estaba libre de toda carga y tributo; al templo de Salomón, en cuya edificación no se oía el golpe del martillo; al sol de oriente; al Cielo purísimo sin ninguna nube ni niebla; pero á la vez te ruego ¡purísima Madre! ya que odias-te al pecado, no al pecador, las manchas, no á los manchados, que nunca apartes de mí tus ojos; alcánzame la gracia de que salga de este mundo sin mancha de pecado grave. ¡Mater purissima, ora pro nobis. *Madre purísima, ruega por nosotros.*

Mater castísima!

Ved un árbol que representa á María, pero árbol admirable, porque á la vez tiene flores y fru-

tos. Este árbol, á la vez con frutos y flores, significa la castidad verdaderamente admirable de la Virgen, porque María siempre guardó esa virtud y fué tres veces Virgen: antes, en y después del parto. Si la castidad es una virtud que hace al hombre semejante á los Angeles y gratisimo á Dios, qué diremos de la castidad de María superior á la Angélica?

San Juan fué muy amado de Jesucristo, le permitió descansar sobre su pecho y vino en conocimiento de los altísimos misterios de Dios. ¿Y por qué se hizo acreedor á tan singular privilegio? Mereció esto y otras muchas cosas, porque guardó siempre la preciosa flor de la castidad. Proce- diendo ahora de menor á mayor, si la castidad de San Juan fué tan grata á Dios, ¿qué lengua podrá dar las merecidas alabanzas á la castidad de María, que fué árbol á la vez con flores y con frutos, es decir, que fué á la vez Madre y Virgen, semejante á la zarza que en medio de las llamas no se quemaba?

Esta gran castidad y virginidad que conservó María en el parto, bien claramente se indica y se predica en la Sagrada Escritura; ahora la compara á un «huerto cerrado» y luego á una «fuente sellada». De esta hermosísima virtud de María habla Salomón cuando, todo admirado, exclama: «¡oh cuán bella es la generación casta!» (Sap. c. 4).

¡Oh María, Madre castísima! Yo te adoro y te

invoco como á mi patrona, yo te ruego que me prestes siempre tu auxilio, principalmente cuando esté en peligro mi castidad. No permitas ¡Virgen castísima! que mi alma se manche con el torpe vicio de la impureza, ni de pensamiento, ni de palabra, ni de obra; si ésto consigo, un día me pondré la vestidura nupcial, sin la cual nadie entrará en las bodas del Cordero. ¡Oh Maria,! Mater castísima, ora pro nobis. *Madre castísima, ruega por nosotros.*

Mater invioláta!

Jesucristo, Sol de justicia, sale de la Virgen, de suerte que podemos decir: *Solem in Virgine*. Cuando Cristo fué concebido en el vientre de María, entonces, *Sol in Virgine*, y en cierto modo *Virgo in sole fuit*; como los rayos de luz salen del Sol sin lesión ni pérdida del Sol, Cristo, como luz del mundo, nació de la Virgen sin lesión ni pérdida de la virginidad de María.

Por la semejanza de un espejo puede explicarse cómo permaneció ilesa la virginidad de María: el Sol proyecta sus rayos en un espejo, y reflejados éstos, encienden una luz sin romperse el espejo; del mismo modo el Espíritu Santo, proyecta el rayo de gracia y protección en María, espejo de pureza, y por este rayo divino, mediante el espejo Mariano, enciende la luz del

mundo, ésto es, nos trae á Jesucristo, de suerte que el espejo ó la virginidad de María permanece ilesa é íntegra.

No convenía que la venida de Cristo corrompiera la integridad de María, pues había de venir á sanar la corrupción de los hombres; pero si era congruente que el Autor de todas las cosas viniera al mundo de una manera admirable. Tal nacimiento convenía á Dios, dice San Bernardo, que no había de nacer sino de Virgen; tal parto convenía á la Virgen, que no había de dar á luz sino á Dios. De donde se infiere claramente que María permaneció inviolada en el parto, pues de ella se dice: «Porque no has conocido á varón, serás bendita, para siempre.» (Judit cap. 15 v. 11).

¡Oh María, Madre inviolada! Así como el oro no admite el orín, ni el cedro la podredumbre, del mismo modo Tú, permaneciendo siempre inviolada, odiaste la mancha de la castidad y la violación de la pureza. Yo, hombre miserable, te ruego y por tu admirable pureza te suplico que conserves limpio mi corazón y me libres de toda mancha de pecado ¡Oh María! Mater inviolata, ora pro nobis. *Madre inviolada, ruega por nosotros.*

Mater intemerata.

El León de Judá ha vencido á los cuatro monstruos infernales y estos están á los pies de María.

Por esta cuádruple victoria se designa la que consiguió María de sus enemigos con la ayuda del León de Judá. María dice de sí: «El Señor me poseyó desde el principio,» con cuyas palabras indica que desde el principio, esto es, desde el instante de su concepción, libre de pecado original, aplastó la cabeza de la serpiente. Esta es la primera victoria. María conservó la virginidad antes, en y después del parto. ¿Por ventura no es ésto una triple victoria?

Aunque esta verdad está conforme con la Escritura y con la razón, no faltan herejes que se atreven á decir que María, después de Jesucristo, tuvo muchos hijos con su esposo José. Temerario aserto. Que nos digan los nombres de estos hijos. ¿En dónde nacieron? Dónde habitaron? Cuándo murieron y dónde fueron sepultados? Decid, por qué Cristo desde la cruz recomendó su Madre á San Juan y no á sus otros hijos?

Cuando resucitó Jesucristo, dijo: «Id, y anunciadlo á mis hermanos,» de esto se deduce que Cristo tuvo hermanos. Los herejes sagaces en la investigación de asuntos bien conocidos, no temen sacar consecuencias forjadas á su manera y que sean conformes á sus gustos; pero ¿cuándo se pararán á reflexionar que hay hermanos por naturaleza, como Caín y Abel; que otros se llaman hermanos, porque son de la misma nación, así San Pablo llamó hermanos á todos los judíos; y por último, que muchos se dicen hermanos por

el afecto y cariño? Impíos, Cristo llama hermanos á los Apóstoles por esta última circunstancia, enténdanlo bien, por el afecto y cariño que les profesa.

¡Oh María! Madre incorrupta que en pureza, virtud y gracia superas y excedes con mucho á los Ángeles, yo me duelo de las graves injurias que sufres de tus enemigos; sí, tengo verdadero dolor, pero á la vez te ruego me des fuerza contra ellos para defender siempre tu honor y predicar constantemente tus alabanzas y tu gloria. ¡Oh María! Mater intermeráta, era pro nobis. *Madre incorrupta, ruega por nosotros.*

Mater amábilis.

Con razón se llama María Madre amable, pues, «ella fué digna de ser amada más que la más amable doncella.» (2. Rey. cap. 1). Dice la Escritura que Esther, «era en extremo hermosa;» (Est. c. 2.) Judith, «de aspecto elegante;» (Jud. c. 8.) Rebeca, «en extremo agraciada;» (Gen. c. 24) Raquel, «de lindo semblante;» (Gen. c. 29) pero María supera incomparablemente á la hermosura de Esther, á la elegancia de Judith, á las gracias de Rebeca, al lindo semblante de Raquel, y es digna de ser amada sobre todas ellas.

Cuando María subió á los cielos, le salieron al encuentro los Ángeles, y al ver su hermosura y

semblante, exclamaron: «¿Quién es ésta que vá subiendo cual naciente aurora, bella como la luna y escogida como el sol?» (Cant. 6. v. 9.) ¿Qué es lo que movió á los Ángeles á tanta admiración? No fué otra cosa, dice San Gregorio, que la hermosura de María, como que no tuvo semejante, ni lo tendrá en criatura. Su hermosura supera en mucho á la belleza Angélica.

San Juan dice en el Apocalypsis que vió una mujer como vestida con el sol, á sus piés la luna y en la cabeza una corona con doce estrellas. Admirable visión! Qué entendemos por esta mujer? ¿Qué por el sol, la luna y las estrellas? Los Santos Padres entienden por esta mujer, María; por el sol y la luna, su incomparable hermosura. Así como ninguna luz puede compararse con la luz del sol, de la luna y de las estrellas, del mismo modo la hermosura, belleza, dulzura y atractivo de María es incomparable, es superior á la hermosura y grandeza de los Ángeles y de los Santos.

¡Oh María, la más hermosa de las hijas de Jerusalén, cuya hermosura y atractivos admiran los Ángeles y los Santos! humildemente elevo á Tí mis súplicas para que en la hora de mi muerte, si por casualidad me atormenta el aspecto horrible de Satanás, me envíes un rayo de tu hermosura; vuelve á mí tus ojos de misericordia, porque estos serán como dos estrellas brillantes que me llevarán á la patria celestial. Oh María!

Mater amábilis, ora pro nobis. *Madre amable, ruega por nosotros.*

Mater admirábilis.

Moisés observaba lleno de admiración aquella zarza que ardía y no se quemaba. Esta zarza es figura de María, de la cual predijo el Profeta: «y tendrá por nombre admirable» (Is. c. 9.) Con razón la Iglesia llama á María Madre admirable, porque en ella todas las cosas son admirables; María nació de una madre estéril; fué Madre pero sin conocer varón; fué á la vez Madre y Virgen. ¿Hay por ventura algo más admirable que ésto? ¿Acaso no es ésto arder y no quemarse?

El rey Nabucodonosor vió en sueños un árbol admirable, tan alto, que su copa llegaba hasta el cielo y tan tendido que cubría toda la tierra. Sus hojas eran hermosísimas y de sus frutos se alimentaban toda clase de aves y de animales; en sus ramas se cobijaban las aves y en su tronco las fieras. Por este árbol podemos figurar con gran propiedad á María: ella es Madre admirable por su *grandeza y altura*, pues supera á los Ángeles y á los Santos por su *altura* de gloria; admirable por su *latitud*, porque su misericordia se extiende por todo el mundo; admirable en las hojas, esto es, en gracias y privilegios; por fin admirable en los *frutos*, ó lo que es lo mismo, en los méritos de sus virtudes.

María es verdaderamente admirable en sí misma; produce tales efectos, que nadie podrá admirarse bastante. Todos los elementos están á los pies de María y le prestan obediencia. Si María lo manda, al instante se extingue el fuego, el agua se contiene dentro de sus límites, el aire sopla sin hacer daño, la tierra fructifica abundantemente, los enfermos son curados y hasta los mismos muertos resucitan. ¿No son estos bien admirables efectos?

¡Oh María, Madre verdaderamente admirable! Admirable en gracias y privilegios; admirable en virtudes y méritos; admirable en el Cielo, por la gloria que posees; admirable en la tierra, por los beneficios que prestas; admirable en tus devotos, porque los libras del peligro, en la aflicción los consuelas y, principalmente en la hora de la muerte, los confortas para que puedan triunfar de sus enemigos y vencer las tentaciones diabólicas. ¡Ah! A mí, devoto tuyo, aunque indignísimo, en la hora de la muerte asísteme. ¡Oh María! Mater admirabilis, ora pro nobis. *Madre admirable, ruega por nosotros.*

Mater Creatóris.

A María la pintan llevando á su Hijo en los brazos, el cual con dos dedos sostiene la máquina del Universo, según aquello de la Escritura:

«Susténtalo y rígelolo todo con sola su poderosa palabra.» (Hebr. 1. v. 3). Esto nos indica que es María Madre del Criador: Cristo en cuanto es Dios es uno con el Padre y, por consiguiente, Criador del mundo, María en cuanto es Madre de Cristo es Madre del Criador y puede decir de sí misma con toda verdad: «El que me dió el ser estableció en mí su Tabernáculo.» (Ecl. 24.)

Cuando el hombre comete el pecado mortal queda, en cierto modo, reducido á su nada. Bien atestigua ésto David, porque después de su pecado exclamó: «A la nada he sido reducido y yo lo ignoraba.» (Sal. 72.) Redimiéndonos Cristo, ha hecho de nosotros una nueva criatura, porque por la redención de la muerte del alma hemos resucitado á la vida; el hombre, según el testimonio de San Pablo, ha sido hecho «en Cristo una nueva criatura.» (2 Cont. c. 5.)

La Virgen, llevando á Cristo en sus brazos, no solo nos demuestra que es Madre del Criador, sino también su gran virtud y potencia. No solo lleva á aquel que porta al mundo, es mucho más: lleva al mundo con el portador del mundo, para indicarnos la gran autoridad que le dió el Criador sobre la tierra. Justísimo es que la Hija participe, en cuanto sea posible, de la autoridad del Padre; la Madre de la autoridad del Hijo, y la Esposa de las prerrogativas de su Esposo.

Yo sé ¡oh María! que todas las criaturas han sido criadas para el servicio de Dios; pero á la

vez conozco mi ingratitud, porque hasta ahora más he servido á las criaturas que á mi Creador. Alcánzame gracia para enmendar mi error, ya no quiero sino servir á Dios para conseguirlo después como mi último fin, pues Él ha prometido á sus verdaderos creyentes, la felicidad eterna. ¡Oh Maria! Mater Creatóris, ora pro nobis. *Madre del Criador, ruega por nosotros.*

Mater Salvatóris.

Por el pecado de Eva vino la muerte al mundo, perdieron la justicia original y con ella todas las prerrogativas que Dios concediera á nuestros primeros padres y en ellos toda la humanidad; pérdida irreparable, si Cristo no hubiera venido á salvarnos. Eva nos trajo la desgracia, María la dicha, pues ella tiene la dicha inconcebible de ser la Madre del Salvador, según aquello de San Mateo: «Parirás un Hijo á quien pondrás por nombre Jesús, pues El es el que ha de salvar á su pueblo. (Cap. 1.)

A José por adivinar los sueños de Faraón, se le llamó en lengua egiptiaca «Salvador del mundo;» (Gen. c. 41. v. 45) Esther era llamada Salvadora, pero tan solo del pueblo judaico; Judith tambien tuvo este titulo, pero solo salvó á la ciudad de Bethulia; pero María es Madre de Aquél que salvó no una región ó ciudad, sino á

todo el Universo, lo que ciertamente es más glorioso. Si los egipcios engrandecieron tanto á José; si los judíos prestaron tanto honor á su salvadora Esther, si los ciudadanos de Bethulia manifestaron tanta gratitud á su libertadora Judith, qué gratitud y honor se merece María, Madre del Salvador?

Los pastores anunciados por los Ángeles del nacimiento del Salvador, corrieron al establo de Belén, y allí no solo adoraron al recién nacido, sino que dieron honor sumo á su Madre; y con razón, pues María dió á Jesucristo como las armas con las cuales venció á la muerte y al diablo, y los hombres quedaron redimidos. Por estas armas entendemos el cuerpo de Jesucristo, formado de la purísima sangre de María, que padeció por nosotros.

Madre gloriosísima del Salvador! Los Padres y justos del Antiguo Testamento, por espacio de muchos siglos, aguardaron la venida del Mesías y clamaron al cielo sin cesar que «lloviese al Justo, y á la tierra que se abriese y brotase al Salvador;» pero sus clamores eran nulos, inútiles y de ningún valor ni efecto. Tú mujer hermosísima, por la virtud de la humildad, nos has traído al Mesías del cielo á la tierra; yo te pido que por esta virtud me alcances la salud, ¡oh María! Mater Salvatoris, ora pro nobis. *Madre del Salvador, intercede por nosotros.*

Virgo prudentíssima.

A María la pintan al rededor de todos los instrumentos de las ciencias y de las artes, para significar su gran prudencia. El gallo que despierta á los dormidos, nos demuestra su vigilancia; la hormiga que recoge en el verano los alimentos para el invierno, su prudencia. ¿Quién dudará que María poseyó aquella prudencia que Jesucristo tanto recomienda en el Evangelio de San Lucas (cap. 16) y en el de San Mateo? (cap. 10). Allí nos manda juntar la prudencia de la serpiente con la simplicidad de la paloma: «Estote prudentes sicut serpentes.» ¿Quién más prudente que María?

Abigaíl estuvo dotada de gran prudencia, según aquello que se lee en el libro primero de los Reyes: (cap. 25) «era mujer de gran prudencia.» ¿Cómo la manifestó? Cuando David iba á exterminar á Naval, por la dureza con que había tratado á sus criados, Abigaíl, su esposa, le salió al encuentro y, humillándose, se llamó su esclava. Abigaíl es figura de la Virgen, prudentísima María, pues con gran humildad respondió al Arcángel: *Ecce ancilla Domini*: «He aquí la esclava del Señor.

Sí, según el dicho del Filósofo, es prudente aquel que reprueba el mal y escoge el bien, con gran razón María es Virgen prudentísima, porque

no solo estuvo libre de todo mal, ni se contentó con escoger el bien simplemente, sino que óptimam partem elegit, escogió lo más perfecto.

Salomón dice: «el que es moderado en el hablar, es prudentísimo.» Según esto, qué prudencia igualará á la de María que en todo el Evangelio no consta que hablase sino cuatro veces? Habló con el Arcangel Gabriel, con Isabel, con Jesucristo cuando lo encontró en el templo y en las bodas de Caná. Además, todas las palabras de María encierran en sí una gran edificación y singular prudencia; de suerte que, con razón, entre las cinco vírgenes prudentes, ella lleva el principado, pues absteniéndose de todo pecado, conservó íntegro el aceite de la gracia

¡Oh María, virgen prudentísima y providísima! Alcánzame de la Sabiduría encarnada, esto es, de tu Hijo santísimo esta gracia: que en lo sucesivo sea prudente y provido en el hablar, en la acción y, principalmente, en las obras de mi salvación, para que con las cinco vírgenes prudentes recoja con el tiempo el aceite de mis buenas obras: si consigo esto, seré admitido en la casa de tu Esposo Celestial. ¡Oh María! Virgo prudentísima, ora pro nobis. *Virgen prudentísima, intercede por nosotros.*

Virgo veneranda.

Salomón tuvo siempre gran veneración á su madre, Bethsabé, pues al verla venir, dice el li-

bro tercero de los Reyes, cap. 2.º, que: «se levantó el Rey á recibirla, y mandó preparar un asiento real á su derecha para que se sentase.» Del mismo modo el divino Salomón, Cristo, muchos años antes de la Asunción de María á los cielos, preparó á su Madre, que ciertamente es «venerable y santa» (Num. 28) un triunfo y trono glorioso.

En el Cielo los Ángeles y Santos dan á María honor sumo y en la tierra se la invoca y adora por todos, según aquello de: *Beatam me dicent omnes generationes: Bienaventurada me llamarán todas las generaciones.* Todos los que están iluminados por la luz de la fé claramente ven y conocen las virtudes, méritos, gloria y santidad de María y, como consecuencia de esto, la adoran y veneran; al contrario los que odian la luz de la verdadera fé, no quieren reconocer la luz de la gloria de María.

No solo los cielos y la tierra honran á María, sino hasta el mismo infierno, cuando oye este nombre, manifiesta cierto miedo reverencial. Por ventura á la vista de una imagen de María, al tacto de un rosario, de un escapulario, al oír el nombre de María no huyeron los espíritus diabólicos, dejando en paz á los tentados? ¿Quién negará esta verdad que confirma la experiencia, que fortalece la razón y que certifica el sentido? No hay duda que los innumerables beneficios que

María dispensa á sus devotos prueban que se le debe gran veneración.

¡Oh María! Te reconozco como á Reina del cielo y de la tierra y, á la vez, te venero como á tal; te adoro como á Hija del Dios Padre, Madre del Dios Hijo y Esposa del Espíritu Santo, y al mismo tiempo te honro. Veo que estás llena de gracias, de virtudes y de méritos, que eres Madre amable, Virgen hermosísima, Patrona potentísima, y por ésto te invoco. Por fin, conozco que Cristo te veneró y honró, conforme á aquello de: *erat subditus illis*, estaba sumiso y obediente, (á San José y á María), y, como cristiano, no dejaré de venerarte. ¡Oh María! *Virgo veneranda, intercede por nosotros.*

Virgo prædicánda.

El nombre de María debe predicarse por todo el mundo. Por haber vencido Judith á Holofernes, todo el pueblo la aclamó, diciéndola: «Tú eres la gloria de Jerusalén; tú la alegría de Israel, tú la honra de nuestra nación.» (Jud. cap. 15. v. 10). ¿Por qué no se ha de predicar la gloria de María, que aplastó la cabeza de la serpiente y dió á luz al deseado de las gentes? María, tú eres digna de toda alabanza: «no cesarán los hombres de publicar tus alabanzas.» (Jud. cap. 13. v. 25.)

Si, según la Escritura, se ha de honrar al médico *propter necessitatem*, á María conviene también esta alabanza, porque es salud de los enfermos y consuelo de los afligidos; en los peligros y necesidades, á todos los que la invocan los auxilia. Si merece alabarse la virtud y al hombre que la posee, á María se deben tributar grandes alabanzas, pues tiene tantas virtudes como gotas de agua hay en el mar y tantas gracias como rayos tiene el Sol. Bien conoció ésta aquella mujer del Evangelio, llamada Marcela, entusiasmada con la doctrina de Jesucristo, predicó públicamente á María, diciendo: «dichoso el vientre que te trajo y los pechos que te alimentaron.»

Las obras de un artífice, si son perfectas, merecen ser elogiadas, en conformidad con aquello de: «*in manu artificis opera laudabuntur.*» Y María, obra excelsa del Artífice divino, obra sin mancha de pecado, no merecerá ser alabada? ¿Por ventura no hacemos elogios de un huerto por sus flores, sus aromas y sus frutos? ¿Y de una fuente de aguas medicinales, qué nó se dice? Pues María es huerto en el cual nació Aquel que de sí mismo dijo: «*Ego flos campi;*» Yo soy la flor del campo. María es la fuente abundante en aguas para la vida eterna; con verdad pues, podemos decir que es Virgen digna de ser predicada.

¡Oh María! Virgen digna de ser predicada y de toda alabanza dignísima, dignaos iluminarme para que mi lengua cante siempre tus alabanzas,

para que mi corazón las medite y mis obras todas sean para elogiarte: de corazón, de palabra y de obra cumpliré con la obligación de tus devotos, que es como he dicho cantar tus alabanzas. Para cumplir con esta obligación: *Virgo Prædicanda, Ora pro nobis. Virgen predicable, intercede por nosotros.*

Virgo potens.

Buscáis aquella «mujer fuerte,» de la cual ya nos habló Salomón? Aquella «mujer fuerte» que, según la Escritura, es como un ejército en orden de batalla, cuya potencia admiran los cielos, asombra á la tierra y hace temblar al infierno? No es otra que María. Registrad con interés las historias y ved si de tantas mujeres célebres, pudo decir alguna con tanta verdad como María: «hizo en mí cosas grandes el que es poderoso.» Han existido mujeres cuyos hechos no solo asombraron á las generaciones que las presenciaron, sino que quedaron grabados con caracteres indelebles para que las generaciones posteriores no acabaran de admirarse; pero de ninguna se dijo como de María: «Todas las cosas las puede en Dios.»

¿En qué consiste, pues, la potencia de María? Acaso en la lengua, porque pronunciando la palabra fiat bajó Dios del Cielo? Por ventura en los

ojos, hiriendo al Esposo celestial?: *Vulnerasti cor meum in uno oculorum tuorum*. Se creerá que en el vientre original, porque llevó en él al Dios Hombre? Todas estas cosas pueden decirse, pero con más propiedad nos demuestra el poder de María aquello de: «en tu mano está la fuerza y el poder.» (Parl. 1. cap. 29. v. 12.) María, como Reina del cielo y de la tierra, tiene un cetro en su mano para gobernar con su Hijo Jesucristo al mundo.

Jahel y Judith tuvieron gran fuerza en sus brazos: la primera atravesó con un clavo la cabeza de Sísara, y la segunda cortó la cabeza á Holofernes. Pero la fuerza de estas mujeres es nada en comparación con el poder de María: en sus brazos llevó al Portador del mundo y abrazó con brazo robusto al Dios Inmenso y Omnipotente. María tuvo en sus brazos «al brazo de Dios,» lo que, según San Pablo, no es otra cosa que la «virtud de Dios,» ¿Quién se admirará ya de que sea potentísima? No hay poder en el mundo que pueda igualarla; pero ¿qué digo igualarla? todos los poderes del mundo juntos no pueden compararse con el de María: *fecit potentiam in brachio suo*.

¡Oh María! Tú eres y mereces llamarte Virgen verdaderamente poderosa; Tú eres poderosa en los cielos, pues allí triunfas como Reina; poderosa en el Paraiso, porque allí aplastaste la cabeza de la serpiente; poderosa en el Infierno, porque

libras de él á innumerables almas; poderosa en el Purgatorio, pues las almas allí cautivas son libradas por Tí; poderosa contra los ejércitos enemigos; poderosa contra la peste y el hambre; poderosa en las enfermedades y hasta contra la misma muerte; y poderosa, en fin, contra los enemigos visibles é invisibles del alma y del cuerpo; á Vos, Señora, os escojo por mi protectora, ¡oh María! *Virgo potens, ora pro nobis. Virgen poderosa, ruega por nosotros.*

Virgo clemens.

La misericordia de María se representa simbólicamente por el pelícano y por la gallina; no puede darse una comparación más justa: el pelícano, cuando vé á sus hijos heridos por la mordedura de la serpiente, los anima con su propia sangre. María alimenta espiritualmente á sus devotos por su hijo Jesucristo, que se hizo hombre con la sangre virginal de Ella. La gallina cubre á los polluelos con sus alas y los defiende de sus enemigos: María extiende sobre nosotros como un palio de misericordia y nos libra de todo daño y peligro.

María se inclina fácilmente á la misericordia, pues dijo: «Mi corazón está como la cera.» (Ps. 25. v. 15.) Bien puede decirse: «Que la ley de la bondad ó del amor gobierna su lengua.» (Prov.

31. v. 26.) La lengua de María, suplicando á Dios por los hombres, siempre mueve á éste á clemencia, de suerte que muchas veces las súplicas de Ella parece que tienen cierta fuerza de ley. Testigos de esta verdad son los huéspedes de las bodas de Caná; allí á estas breves palabras de María: «Hijo, no tienen vino,» movido Jesucristo á misericordia, convirtió el agua en vino sabrosísimo.

La clemencia de María es como la lluvia de la tarde, según aquello de los proverbios (cap. 16): «Su clemencia es como la lluvia tan deseada del Otoño.» La lluvia del otoño fortifica y fecunda la tierra: la clemencia de la Virgen nos hace aptos para dar abundantes frutos de virtudes. Es más: así como Rebeca se mostró caritativa y clemente con Eliecer, sacando agua del pozo, no solo para él, sino para sus camellos, aunque no le conocía, María muchísimas veces hace sentir su bondad en aquellos que nunca le han tributado ninguna alabanza, ni le han tenido ninguna singular devoción, como diciendo: Clemens ero, in quem mihi placuerit (Esod. 33.): Yo usaré de misericordia con quien quisiere.

¡Oh María! Creo firmemente que muchas ciudades y hasta naciones enteras habrían perecido á estas horas por sus maldades, si Tú no fueras la Ciudad de refugio para ellos; creo más: si Tú, Virgen clementísima, hubieras existido en tiempo del diluvio, sin duda ninguna que hubieras

mitigado la ira de Dios; aquel castigo increíble, hijo de la justicia de un Dios, nunca lo hubieran sufrido con tu intercesión. Tantos son los riachuelos de gracias que salen de tu seno hácia los hombres, cuantas son las gotas de agua de una fuente. Todo ésto lo conozco ¡oh María! *Virgo clemens, ora pro nobis. Virgen Clementísima, ruega por nosotros.*

Virgo fidélis.

María es mujer fiel y su corazón guardó la fidelidad cual ninguno. Las obligaciones que contrajera cuando pronunció la palabra fiat, los cumplió perfectamente. Diciendo fiat, prometió en cierto modo á su Esposo el Espiritu Santo que su cuerpo lo conservaría limpio y puro de toda mancha; al Padre divino, que quería ser madre de su Hijo y que tendría especial cuidado de El. Una y otra promesa cumplió con toda exactitud María. Cualquiera alabanza que pudiéramos tributarle por el exacto cumplimiento de sus promesas, sería inferior á su mérito.

Micol, mujer fiel, descolgó á su marido David por una ventana, para librario del furor de Saúl, que había mandado buscarle. La fiel Ariadna, hija de Minos, rey de Creta, sacó á Teseo con una cuerda del laberinto: pero la fidelidad de María es inconparablemente mayor: como Madre cari-

ñosa asistió á su Hijo Jesús usque ad mortem, «hasta la muerte,» y quiso padecer en su corazón y en su alma todo lo que el Hijo padeció en el cuerpo.

Pero María no solo fué Madre fiel para su Hijo, lo es también para nosotros. Jesucristo hizo su testamento en la cruz; en el dijo á Maria, señalando á San Juan: «Ahí tienes á tu hijo;» en San Juan estábamos representados todos los hombres: luego nos hizo á todos hijos de María. ¿Pero consintió María en esta voluntad de Cristo? La aceptó ciertamente, nos recibió como á hijos; de donde sigue que si nosotros somos hijos fieles, ella también será nuestra Madre cariñosa y solícita.

Sara, mujer fiel, tuvo gran cuidado de que su hijo Isaac se separara de la sociedad perversa. Rebeca, madre fiel, con un piadoso engaño, alcanzó la bendición paterna para su hijo Jacob; pero tu fidelidad, ¡oh María! es mucho mayor; por esto yo te suplico que seas para mí Sara, no permitiendo que sea engañado por los falsos y malos amigos; esto mihi Rebeca, alcanzándome la bendición divina y el derecho al cielo. Virgo fidélis, ora pro nobis. *Virgen fiel, intercede por nosotros.*

Spéculum justítice.

Con gran propiedad se llama Jesucristo *Sol de justicia*, pero no con menos acierto María es lla-

mada por la Iglesia, *Espejo de la justicia*, por ambos se representa simbólicamente la justicia. El sol igualmente dirige sus rayos á las casas rústicas y de los pobres que á las moradas de los reyes y príncipes; Jesucristo da á todos la gracia necesaria para conseguir la salvación, no hace distinción de personas. El espejo dá á todos lo que es suyo, es decir, que todo el que se mira en el espejo vé su imagen, no la de otro: se mira un Angel, verá la angélica; un hombre, la humana; el diablo, la diabólica.

María no solo es *Espejo de justicia*, sino todo lo que aquí se entiende por la justicia, espejo de todas las virtudes, pero sin ninguna mancha. Bien sabemos que el espejo se empaña con el aliento, pero María no quedó empañada por culpa alguno; el espejo no recibe el virus del basilisco, sino que en cierto modo lo rechaza y mata á éste: María, como *Espejo de justicia*, no admitió el veneno del pecado original y trituró la cabeza del basilisco infernal.

«Al presente no vemos á Dios sino como en un espejo,» dice el Apóstol San Pablo en la epístola primera á los de Corinto (cap. 13); pero bajo el nombre de espejo entiende la fé. Es verdad que estas palabras convienen á María, pues por María, como espejo de justicia, vemos. Y qué vemos? Ve el siervo como debe obedecer; el soberbio, como se ha de humillar; el impuro, como debe vivir castamente; ve por este espejo el tibio el

fervor que debe concebir; el airado, la mansedumbre con que debe revestirse; el impío, la piedad que debe cultivar; el injusto, la justicia que debe practicar; y, por fin, ven todos cómo, al ejemplo de María, deben vivir justa y piadosamente. María, en cierto modo, es el original de todas las virtudes: el que quiera copiarlas, necesariamente ha de ir á ver como las practicó María; como buen espejo, no omite el más mínimo detalle en ninguna virtud: todas están completas y acabadas en María.

¡Oh María! Tú posees todas, todas las cualidades de un buen espejo; Tú eres la que más te has aproximado en la copia al original Jesucristo. Cuanto más nos aproximamos al espejo, más se acerca la figura á nosotros, y cuanto más nos retiramos, más se aparta: del mismo modo si por la devoción nos acercamos á María, Espejo de justicia, se acerca á nosotros su protección y auxilio, y si nos separamos de Ella, no es de admirar que se aparte de nosotros. Comprendo ésto y prometo acercarme á María en lo sucesivo. María! Spéculum justitiæ, ora pro nobis. *Espejo de justicia, ruega por nosotros.*

Sedes sapiéntiæ.

La Iglesia llama á María Asiento de la sabiduría, porque la sabiduría encarnada puso su

asiento en su vientre virginal y habitó en él nueve meses el Verbo encarnado. En este Verbo consiste la Suma Sabiduría; por El María consiguió una incomparable ciencia. Salomón en los Proverbios, cap. 9, dice: «La sabiduría se fabricó una casa ó palacio, á cuyo fin labró siete columnas.» Sin duda ninguna que en esta casa se representa á María, pues en ella estuvo la Sabiduría increada.

La casa de la sabiduría, según Salomón, tenía siete columnas, con las cuales denota principalmente siete virtudes: tres teologales, Fé, Esperanza y Caridad, y cuatro cardinales, Prudencia, Justicia, Fortaleza y Templanza, ó los siete Donnes del Espíritu Santo. Unas y otros están en María: las primeras, porque es espejo de todas las virtudes; los segundos, porque siendo Esposa del Espíritu Santo, la colmó de dones máximos. ¿Quién considerará ésto que no diga que María se llama con propiedad asiento ó casa de la sabiduría, fundada sobre siete columnas?

Además, María se llama Libro de la generación de Jesucristo, cuyas palabras indican claramente que puede llamarse asiento de la Sabiduría. El mismo Padre divino es el autor de este Libro, según aquello de: «Salió de mi corazón con gran impetu, un sublime pensamiento;» este único pensamiento que sale del Padre y es concebido por virtud del Espíritu Santo se contiene en el Libro Mariano: en éste solo está toda la Sabiduría. A

este libro podemos ponerle este título: *María ha sido hecha asiento de la Sabiduría por el Verbo encarnado.*

¡Oh María! Tú eres el Libro de la generación de Jesucristo, porque en tu vientre virginal el Verbo increado se hizo carne; Tú eres el Libro declaratorio del entendimiento eterno, porque el Dios Padre en tu cuerpo, como en un papel virgen, manifestó su pensamiento á todo el mundo por una sola palabra. Tú eres el Libro expositivo del Verbo divino, porque *El invisible*, revestido de forma humana con tu sangre, nos lo hiciste visible. Sed para mí Libro precatorio, con el cual podré alcanzar de Dios el perdón de mis pecados. ¡Oh María! Sedes sapiéntiæ, ora pro nobis. *Asiento de la sabiduría, intercede por nosotros.*

Causa nostræ letitiæ.

Judith y Esther fueron causa de gran alegría: ésta para los judíos: aquella para los ciudadanos de Bethulia. Una y otra son figura de María, pues, la Iglesia la llama *Causa de nuestra alegría* y, con razón, porque parió al Salvador del mundo, esto es, á Jesucristo, el cual salvó, no á una nación, sino á todos los hombres de una muerte, no temporal, sino eterna, y convirtió nuestra tristeza en universal alegría: *Tristitia nostra con-*

vertetur in gaudium; «vuestra tristeza se convertirá en alegría.»

Aquel día de profundo dolor en que debían morir todos los judíos, dada ya la sentencia de muerte por el Rey Asuero, por intercesión de la reina Esther se convirtió en día de alegría: mandó, dice el libro de Esther en el cap. 16, «que se celebrase con toda alegría.» Día era, en verdad, para ellos de alegría al verse libres de una muerte segura, pero es incomparablemente mucho más alegre para nosotros el día 25 de marzo, porque en el María se hizo Madre de Cristo, causa, por consiguiente, de nuestra salud. San Juan saltó de alegría en el vientre de su madre, porque conoció la presencia de su Redentor en el vientre de María; nosotros, considerando aquel día en que el Arcangel anunció á María la maternidad del Salvador del mundo, debemos regocijarnos en todo momento.

María alegró en otro tiempo á los justos que estaban en el Limbo, porque como naciente aurora les anunció la venida del Sol de justicia, Cristo, del mismo modo, hoy en el Purgatorio á las almas que allí son purificadas, como el oro en el crisol, les causa grande alegría y les presta auxilio. No temo afirmar que las almas que en este mundo fueron devotas de María reciben un consuelo especial mientras están en el Purgatorio. Si nuestros sufragios y oraciones aprovechan á las almas que se purifican en el Purga-

torio, á pesar de lo poco que valen, ¿cuánto no les aprovecharán los ruegos de María?

¡Oh María! Dice la Escritura que el Arca del Señor causó grande alegría, esperanza y regocijo á los Israelitas, porque en ella se guardaba la vara de Aarón, el maná y las tablas de Moisés; pero á nosotros nos viene por Tí, ¡oh María! una alegría y esperanza mayor, porque Tú eres el Arca viva en la cual se guardaba el maná divino, el mismo Jesucristo, que estuvo nueve meses en tu seno, para nuestra salud. Yo me alegro ¡oh María! tantas veces como pronuncio tu Nombre; y tantas veces como lo pronuncie en lo sucesivo, otras tantas á Tí llamaré, diciendo: *Causa nostræ letitiæ, ora pro nobis. Causa de nuestra alegría, intercede por nosotros.*

Vas Spirituále.

La Iglesia llama á la Virgen *Vaso espiritual*, porque en Ella estuvo el Salvador del mundo. En el Santo Sacrificio de la Misa, se guarda en el cáliz la sangre de Jesucristo; en el vientre virginal de María, como en vaso espiritual, se guardó la carne y sangre del Hijo de Dios por espacio de nueve meses.

Mandó Dios al profeta Jeremías que fuese á casa de un alfarero para que viese y entendiese que de solo la voluntad del alfarero dependía sa-


car de la tierra un vaso de honor ó de oprobio. Con esto quiso Dios enseñarnos que de solo su voluntad dependía elevar ú oprimir al hombre.

Dios puede obrar con nosotros como el alfarero con la tierra. Pero desde el momento que Dios eligió á María como Madre, la escogió como á *vaso de honor*, vaso que, por la sombra del Espíritu Santo, fué santificado.

Moisés, en el Antiguo Testamento, fué como el secretario de Dios, al cual, entre otras muchas cosas, le ordenó que cuidase de mandar fabricar ciertos vasos que habían de estar á su servicio; nominatim le habló del Arca de la Alianza; de la mesa de oro, á la cual le habían de poner todos los sábados doce panes; de los vasos del aceite; de los cálices; de los incensarios; más por todas estas cosas, según la mente de los Santos Padres, puede entenderse María como vaso espiritual.

¡Oh María! La Iglesia, con razón, te llama vaso espiritual, del mismo modo yo te digo templo de Salomón, en el cual el sumo Sacerdote es Cristo; tu corazón purísimo, como el ara privilegiada; tu boca devotísima, como incensario de oro; tu ferventísima oración, como sacrificios de perfumes ó de olor; y, por fin, tu caridad, como lámpara ardiente. ¡Oh glorioso vaso! ¡oh bendito templo! Para aplacar la ira de Dios, en ese templo me refugio y en él busco asilo, clamando: *Vas Spirituále, ora pro nobis. Vaso espiritual, ruega por nosotros.*

Vas honoráble.



La Iglesia llama á María vaso de honor. Al copón se le considera con gran reverencia y hasta se le dá grande honor, en cuanto que no es lícito tocarlo sino á las personas eclesiásticas *destinadas* especialmente para el servicio de Dios, y no hay más causa para ello que en él se coloca el cuerpo de Jesucristo. Lo mismo sucede con las custodias. Por ésto precisamente debemos á María un honor sumo, porque en su vientre, como en un vaso digno de honor y de respeto, el Verbo divino se hizo carne.

Cincuenta mil Bethsamitas murieron cuando los filisteos les devolvieron el Arca de la Alianza, por haberla mirado frívolamente. Oza murió en un instante, porque siendo indigno, tocó el Arca del Señor. El rey Baltasar perdió su reino y la vida, siendo la causa principal el abuso que hizo de los vasos sagrados en los convites. ¿Qué pena no deben esperar los que no dan á María el debido honor? ¿Qué castigos no experimentarán, siendo como es la Virgen «Vaso admirable, obra del Excelso.» (Eccl. cap. 43.)

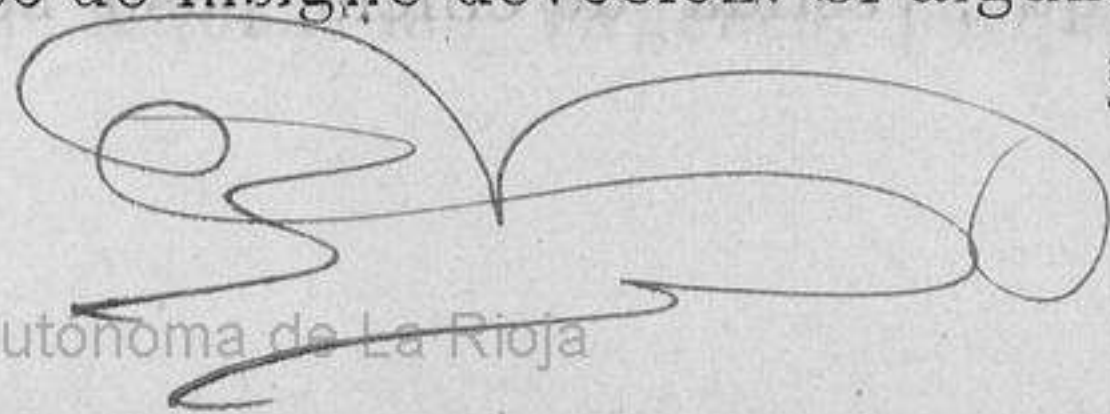
El sepulcro en que estuvo Jesucristo tres días es gloriosísimo y visitado por innumerables gentes con gran respeto y veneración. Cuánto más glorioso y cuánta más reverencia y respeto no se

merece María, que tuvo á Jesucristo nueve meses en su seno materno? En el sepulcro permaneció tres días; en su virginal templo nueve meses. Cuando subió Jesucristo á los cielos dejó marcadas sus huellas en el monte Olivete; por ésto se honra á este monte. Por ventura no merece un culto mayor María, Madre de Cristo?

¡Oh María! Es cierto que tu hijo te dió gran honor juntamente con el amor: si Dios te honró, ¿cuánto honor y culto te debemos nosotros, hombres miserables? Ciertamente que máximo y perpétuo. Perdóname ¡oh María! porque no he satisfecho esta obligación; ahora propongo firmemente que os he de honrar; principalmente en las festividades más solemnes os daré mayor culto y veneración. Entre tanto: Vas honoráble, ora pro nobis. *Vaso honorable, ruega por nosotros.*

Vas insigne devotiónis

El profeta Eliseo aumentó el aceite á una pobre viuda, en tal abundancia, que llenó todas las vasijas. Dice el libro 4.º de los Reyes que sus hijos le presentaban las vasijas y ella les echaba aceite, hasta que todas fueron llenas. Así como el aceite significa de una manera especial la devoción, por los vasos puede entenderse con propiedad á María, que en la Letanía Lauretana se llama Vaso de insigne devoción. Si alguno consi-



dera este vaso Mariano, dirá con los Santos Padres que: lo que fuere lleno de aceite, lo será de devoción.

Yo pregunto: ¿qué vida llevó la Virgen antes del parto de su Hijo? ¿No fué devota y piadosísima? ¿No consistía en la oración asidua, en perpétuas vigiliás, en piadosas meditaciones y en el ejercicio de las buenas obras? El Nuncio Angélico no encontró á María sino orando y leyendo. ¿Cómo pasó la vida después de la muerte de su Hijo? ¿No fué en dolorosas meditaciones de la pasión y muerte de Jesucristo? Sin duda que estas meditaciones fueron una espada de dolor que atravesó su alma.

Por fin, después de la Ascensión de Jesucristo, vivió la virgen quince años y tres meses, pero devotísimamente. Habitó una pequeña casa en el monte Sión, próxima á aquella en que Jesucristo instituyó la Eucaristía; siempre humildísima, levantándose todas las noches á la hora duodécima y permaneciendo en oración hasta la salida del Sol; San Juan celebraba todos los días el Santo Sacrificio de la Misa y le administraba la comunión; los Ángeles, según San Jerónimo, la visitaban muchas veces y, según revelación hecha á Santa Virgita, todos los días visitó los lugares en que Cristo padeció. ¿Acaso no es esto una gran devoción?

¡Oh María! grande fué el recogimiento de Judith, que, vestida de cilicio, pasó su vida en la

soledad; admirable la devoción de Ana la profetisa, que, según el texto sagrado, «no se separaba del templo y el día y la noche los pasaba en ayunos y en fervientes oraciones;» pero tu devoción y recogimiento es mayor. ¡Ah! yo te ruego que suplas el defecto de mi devoción con el exceso de la tuya; ofrece á Cristo tu humildad por mi soberbia, tu sobriedad por mi intemperancia, tus vigiliias por mi somnolencia, tus virtudes por mis vicios. ¡Oh María! Vas insigne devotiónis, ora pro nobis. *Vaso de insigne devoción, intercede por nosotros.*

Rosa mystica.

María tiene todas las propiedades de una rosa. En primer lugar, la rosa es la primera entre todas las flores y, en cierto modo, es la reina de todas ellas. María es la primera, entre todos los Santos; supera en dignidad á los Ángeles, excede en gloria á los Bienaventurados, y se la adora con el título de Reina del Cielo y de la tierra.

En segundo lugar, á la rosa, por su color blanco y rojo, la llamamos flor virginal; por su blancura nos denota la pureza; por su rubor la vergüenza; así lo entendían los antiguos, pues á las vírgenes muertas les solían poner una corona de rosas. Tal corona corresponde á María, *Rosa mística*, más que á todas las vírgenes, porque con-

servó su candor virginal ileso antes del parto, en el parto y después del parto.

Por último, la rosa no solo supera á todas las flores porque agrade á la vista, sino porque el olor ameno y fuerte que exhala es superior al de todas ellas; de una manera semejante María, *Rosa mística*, superó á todos los hombres en admirable olor de las virtudes. Si los Santos pasaron su vida en la tierra en perpétuo ejercicio de buenas obras y de virtudes, podrán decir con San Pablo: «Nosotros somos el buen olor de Cristo;» pero entonces dirá María: Yo soy el sublime, «el óptimo olor de Cristo;» *óptimus odor Christi*.

¡Oh María! ¡Rosa mística! Yo admiro el delicioso y admirable olor de tus virtudes y al mismo tiempo, con gran dolor y vergüenza considero el huerto de mi alma, en el cual no hay ninguna flor, ni olor de virtudes; no encuentro en él sino espinas y cizaña de vicios. Ah! alcánzame gracia para que, así como en otro tiempo, Francisco convirtió en rosas aquellas espinas en que se revolcó Benedicto, convierta yo las espinas de mis pecados en rosas de virtudes. En señal de gratitud, siempre te coronaré de rosas, lo que ciertamente se hace rezando devotamente el rosario. ¡Oh María! *Rosa mystica, ora pro nobis. Rosa mística, ruega por nosotros.*

Turris Davidica.

María tiene gran semejanza con la Torre de David. Fue edificada para hermosura y ornamento de la ciudad de Jerusalem: María como una torre magnífica, adorna y hermosea á la Jerusalem celestial. Si dividimos el reino celestial en muchas ciudades, entonces, Abraham, en la ciudad de los Patriarcas; Moisés en la de los Profetas; Pedro, en la de los Apóstoles; Esteban, en la de los Mártires y Catalina, en la de las Vírgenes, sobresalen como torres excelsas y gloriosas; pero María en todo el Reino de los cielos es la Torre más alta y magnífica que se conoce.

Además, la torre de David se edificó para lugar de refugio; en ella buscaban los judíos asilo y seguridad de la vida. Del mismo modo, María es la Torre de refugio: en ella los pecadores alcanzan gracia y perdón. ¡Felices aquellos que los protege la Torre Mariana! En la torre babilónica y en la torre de las pasiones los hombres son azotados por vientos huracanados y combatidos inhumanamente por furiosas tempestades: nadie está seguro; pero el que recurre á María y se pone bajo su palio protector, en todos los peligros saldrá triunfante.

Por último, la Torre de David se construyó para defensa; desde ella se podían defender de las

invasiones de sus enemigos; al efecto estaban colgados en ella cien escudos y todas las armas de los fuertes. María tiene tantos escudos cuantas son sus gracias; de aquí que, con razón, según el Salmo 60, la podemos llamar «baluarte fortísimo contra el enemigo.» María defiende á sus devotos de los enemigos visibles é invisibles con gran potencia, y, aunque se empeñen en dar el asalto, siendo la Capitana María, el agredido siempre sale vencedor.

¡Oh María! Cuando me entristezca por mis implacables enemigos, cuando tema algún peligro, á Tí recurriré, en Tí buscaré la seguridad, ¡oh Torre de David! Así como desde la Torre de Tebas aquella mujer, arrojando una piedra, deshizo la cabeza del perseguidor Abimelet, del mismo modo Tú, ¡oh María! destruye á mis enemigos con aquella piedra que es el fundamento de la Iglesia, ésto es, con la piedra angular Cristo, Hijo tuyo. ¡Oh María! *Turris Davidica, ora pro nobis. Torre de David, intercede por nosotros.*

Turris ebúrnea.

El rey Salomón estimó en mucho el marfil: «Hizo el rey Salomón un trono grande de marfil y le guarneció de oro purísimo muy amarillo.» (3.º Reg. cp. 10 v. 18.) La Iglesia llama convenientemente á María Torre de marfil, porque es-

te es símbolo de grandes virtudes: el marfil con su incomparable blancura, denota la inimitable virginidad de María. Esto mismo parece que confirma la Escritura por aquellas palabras: «Es tu cuello terso y blanco como torre de marfil.» (Cant. 7.)

El elefante es símbolo de fortaleza, lo cual se desprende de ésto: en otros tiempos sobre los elefantes se colocaban unos castillos ó torres, y metidos en ellos los hombres tiraban sus flechas; de esta manera se libraban de las de sus enemigos en la guerra. (Testimonio de esta verdad es el valor de Eleázaro: estando en la guerra vió que un elefante de sus enemigos llevaba en el castillo las insígnias reales y dirigiéndose hacia él atravesó el vientre del animal con su espada, siendo él la víctima primera.) Este símbolo cuadra perfectamente á María: Ella es aquella mujer fuerte que con su potencia aplastó la cabeza de la serpiente, con cuya fortaleza desbarató los ejércitos hostiles, con cuya fuerza y virtud libra á sus devotos de los peligros del alma y del cuerpo.

El ave que se llama alción, suele hacer su nido en las orillas del mar, al cual siempre le pone marfil. ¿Y por qué esto? Porque según los naturalistas, el marfil tiene virtud de sosegar las olas y de mitigar el furor del mar. Esta era la causa de que antiguamente los marineros construyesen de marfil el banco de los remeros. Sea de esto lo que quiera, es cierto que el mundo es un mar bo-

rrascoso y nuestra vida una navegación atrevida; en este viaje no llegará al puerto de salvación sino aquel á quien María, Torre de marfil, le preste auxilio.

¡Oh María! Torre de marfil, yo te ruego por tu admirable pureza que en todo peligro, principalmente en el peligro de violar la castidad, me asistas siempre; alcánzame de tu Hijo, amador de la pureza, que el impuro espíritu, con aquella saeta que atravesó el corazón de Santa Tecla, ésto es con la saeta de su amor divino, sea siempre vencido; y así, superando las tentaciones de la carne, mi alma será preferida por su blancura de marfil. ¡Oh María! *Turris ebúrnea, ora pro nobis. Torres de marfil, ruega por nosotros.*

Domus aúrea.

El palacio de Salomón, que por todas partes estaba cubierto de oro, indica á María; la Iglesia la llama casa de oro, y no sin fundamento, pues, María es aquella casa gloriosa, de la cual se ha escrito: «La gloria del Señor había llenado la casa de Dios.» (Par. 2.º c. 5) María es la casa admirable que escogió Jesucristo para habitar en ella, según el salmo: «Aquí habitaré, porque este es el sitio que me he escogido.» (Sam. 131.)

Por el oro, la Iglesia no significa otra cosa que

la virtud que, según Salomón, es superior á todo oro. Por lo cual, cuando llama á María casa de oro, con este título quiere significar que en aquella casa habitaron todas las virtudes. Ya no hay que extrañarse de que Dios adornase á María con aquellas gracias singulares y extraordinarios privilegios que ni los Angeles ni los Santos tuvieron.

¿Alguno quiere saber cuantas partes tiene esta casa? El techo en ella es caridad; los cimientos humildad, las cuatro esquinas son las virtudes cardinales. La fé de María es como la puerta; por la fé nos llegamos á Dios; para aquél que está cerrada esta puerta, esto es, el que no tiene fé, no tiene entrada. En el lugar de las ventanas están la esperanza y confianza en Dios: así como por las ventanas entra la luz en casa, por la esperanza entra en el alma la luz de la gracia, en conformidad con aquello de que: «Todo el que tiene esperanza en El, se santifica, y como El es santo.» *Omnis qui habet spem in eo, sanctificat se, sicut et ille sanctus est.*

¡Oh María! Con toda verdad te podemos decir casa de oro; pero generalmente en esas casas no habitan sino personas nobles; yo no poseo la nobleza de las virtudes, por consiguiente no soy digno de ser recibido en esa casa. ¿Qué es lo que haré? Yo me postro á tus pies y te pido me recibas como siervo de esa casa de oro. Recíbeme, oh María!; yo te seré fiel y diligente constantemente; feliz seré si vivo y muero siendo domésti-

co tuyo. ¡Oh María! Domus aúrea, ora pro nobis.
Casa de oro, intercede por nosotros.

Fœderis arca.

María, arca de la alianza, tiene todas las propiedades, excelencias y singulares efectos del Arca de la alianza de los israelitas. En primer lugar aquella arca estaba hecha de madera de setín, por cuya madera se denota el cuerpo de María, libre de corrupción; María no estuvo tan muerta que dejase de vivir; sepultada por los Apóstoles en el valle de Josafat, con acompañamiento de muchos Ángeles, después de tres días, resucitando, subió á los cielos en cuerpo y alma.

En segundo lugar, el arca de la alianza por dentro y por fuera estaba cubierta de oro; sobre ella había una corona del mismo precioso metal y á sus lados dos Querubines; por cuyas cosas también podemos comprender á María. Por el oro entendemos la caridad de María, que por dentro y por fuera fué intensísima. La corona de oro representa á María como á reina celestial, á la cual los Querubines, Serafines y todos los Santos le sirven de ministros y le dan sumo honor.

Decía Salomón al Sacerdote Abiatar: «Tú, á la verdad mereces la muerte; pero yo no te quito hoy la vida por cuanto llevaste el Arca del Señor Dios.» (3.º Reg. c. 2.) Del mismo modo per-

donde Dios á los que veneran á María, verdadera Arca de la Alianza. El Arca dividió las aguas del Jordán con solo su presencia para que pasasen á pié enjuto los israelitas, y María separa de sus devotos las aguas amargas de sus tribulaciones, ó por lo menos las mitiga. Por fin la presencia del arca destruyó los muros de Jericó y deshizo el ídolo Dagón. ¡María rechaza en nosotros todos los ímpetus hostiles.

¡Oh María! Bien sé los grandes castigos que sufrieron los que se atrevieron á tocar el Arca sin la debida reverencia; no ignoro que los que á Ti, ¡oh María!, no dan el debido culto, incurren en gravísima indignación de Dios. De todos los modos posibles te adoraré en lo sucesivo. ¡oh María! Por el Arca de la Alianza vino á Obededón la bendición divina; por las imágenes tuyas que yo coloque en mi casa, espero alcanzar de Dios toda suerte de bendiciones. ¡Oh María! *Fœderis arca, ora pro nobis. Arca de la Alianza, ruega por nosotros.*

Jánua cœli.

La Iglesia y todos los fieles honran á María con el título de puerta del Cielo. Así como Jesucristo dijo de sí mismo: «Yo soy Puerta; si alguno entra por mí se salvará,» por la misma razón podemos llamar á María puerta del Cielo. Saliendo Cristo

del Padre, por Ella (María) entró en el mundo, como enseñándonos que nosotros los hombres por esta puerta podemos entrar fácilmente en el Cielo.

Cuando Jesús en su Ascensión entró en los Cielos, sonó esta voz: «Levantad, ¡oh Príncipes! vuestras puertas, elevaos vosotras, ¡oh puertas de la eternidad,! y entrará el Rey de la gloria.» (Sam. 23.) Desde que María en su asunción triunfante fué introducida en la mansión celestial, en cierto modo la puerta del Cielo siempre está abierta; por lo menos para los pecadores que devotamente invocan á María, suena como una voz que dice: «Llamad y se os abrirá.» No solo el divino Maná, Cristo, descendió al mundo por la puerta de María: por ella todos los días nos vienen nuevos y grandes beneficios y un tesoro de gracias.

Jacob vió en sueños una escala fija en la tierra y que tocaba en el Cielo, por ella subían y bajaban los Angeles; y despertando dijo: «verdaderamente esta es la Casa de Dios, y la Puerta del Cielo.» (Gen. 28.) Lo que Jacob vió lo experimentan hoy muchos hombres; los Ángeles descienden del Cielo en nuestro auxilio, pero ¿por qué puerta? Si queremos confesar la verdad, debemos decir que por María, por su intercesión distribuye Dios á los hombres sus abundantes gracias.

¡Oh María! Tú sabes que nosotros, hombres miserables, mientras vivimos en este mundo, no

somos sino viadores que caminamos hácia la Jerusalém Celestial; Tú sabes también que esta es una vía muy peligrosa y empresa árdua y que á muchos, á fin de la jornada, se les dirá: clausa est janua, la puerta está cerrada. Que no oiga esa sentencia tan terrible, ¡oh María! Yo te escojo por mi patrona y te ruego humildemente que, al separarse mi alma del cuerpo, me alcances el ingreso en el Cielo; y como en mi agonía no podré llamar, ahora llamo y clamo: ¡oh María! Janua cœli. ora pro nobis. *Puerta del Cielo, ruega por no otros.*

Stella matutina.

En las estrellas del cielo hay una que los astrónomos llaman estrella matutina, con cuyo título honramos y llamamos á María. Así como esta estrella aparece más visible y resplandeciente que las demás estrellas, María supera en esplendor y luz de gloria á los Angeles y Santos. Cuando sale la estrella de la mañana, la noche se retira y los animales lucífugos se ocultan en sus cavernas y en lugares tenebrosos; María aterrera y hace que se fugue el diablo que nos rodea, buscando á quien ha de devorar; nunca será herido aquél que de la Estrelia María reciba un rayo proyectado de su favor.

La estrella matutina anuncia al mundo el día

y llena de alegría á aquellos que, cansados de la noche, esperan la venida de la aurora. Esto mismo podemos decir de María. ¿Por ventura antes de la venida de Cristo al mundo no llevaba todo alrededor de sí las densísimas tinieblas de los vicios? ¿No era aquella la noche terrible de la idolatría? Era ciertamente. Pero cuando María salió como estrella matutina, entonces brilló la esperanza próxima de que el Sol de justicia, y, por consiguiente, el día de salud, había de salir en breve para convertirse las tinieblas en luz.

Los marineros observan con frecuencia la estrella polar, porque es como su guía, su capitana, ¿Qué otra cosa es el mundo que un mar? ¿No abunda este mar en las amarguísimas aguas de las tribulaciones? ¿Acaso no hay tantos peñascos y abismos cuantos son los peligros y ocasiones de pecado? ¿No hay tantos vientos cuantas son las tentaciones con que Satanás nos rodea? ¿Quizá en lugar de los escollos no están los gravísimos escándalos, y en lugar de los bancos de arena, los compañeros perversos? Cierto, ciertísimo que el mundo es un mar peligroso; pero los que miran á la estrella María y el áncora de la esperanza la ponen en Ella, felizmente llegan al puerto de salud.

¡Oh María! Dios en otro tiempo, bajo la forma de Angel, estuvo peleando una noche entera con Jacob; pero en aquella desigual pelea, cuando comenzó á salir el día, Jacob salió vencedor y

obtuvo la bendición de Dios. Dios se irrita y castiga á los hombres por la noche, esto es, cuando están en pecado mortal; pero cuando María sale, como estrella de la mañana, y dirige sobre el pecador un rayo de su misericordia, al instante se mitiga la ira de Dios, se alcanza el perdón y descende sobre él la gracia y la bendición divina; á Tí, pues recurro y ruego, ¡oh María! Stella matutina, ora pro nobis. *Estrella de la mañana, intercede por nosotros.*

Salus infirmórum.

María dice con San Pablo: «Quién se pone enfermo, que no enferme yo con él.» María, Madre del Médico celestial, es peritísima en el arte de curar; bien podemos decir de Ella, sin temor de errar, que «sana todas las enfermedades.» (Salm. 102). Miles y miles de hombres han sido curados de enfermedades peligrosísimas por María; en casi todos los libros de la Virgen se leen milagros y beneficios obtenidos por su virtud. Nadie se extrañará ya viendo pintados alrededor de Ella innumerables botes llenos de medicinas, porque sabemos que es salud de los enfermos.

Léese en el Antiguo Testamento que el Arcángel Rafael curó la ceguera de Tobías con hiel de un pez; que un hombre difunto resucitó al contacto de los huesos de Eliseo, y otros muchísimos

milagros. En el Nuevo, que Jesucristo dió potestad á sus Apóstoles de curar á los enfermos; que por sola la sombra de Pedro y por el sudario de Pablo fueron sanados muchos enfermos. Si Dios concedió á los Apóstoles, á los varones Justos y á los Ángeles tan grande potestad y virtud de curar á los enfermos, ¿no merecerá María más potestad que todos ellos, siendo como es Reina de los Apóstoles y de los Ángeles?

María es comparada á la piscina de Hesebón; y por qué no á la de Jerusalém, que es más propio? Lo pide el misterio; el agua de la piscina en Jerusalém solo una vez al año la movía el Angel, siendo uno solo el enfermo que se curaba; por el contrario, la piscina de Hesebón siempre se movía, y todos los que en ella se lababan eran sanados. Por eso, María se compara á esta piscina, para indicarnos que no solo una vez al año, sino que en todo momento, sale virtud de ella, por la cual se sanan los enfermos.

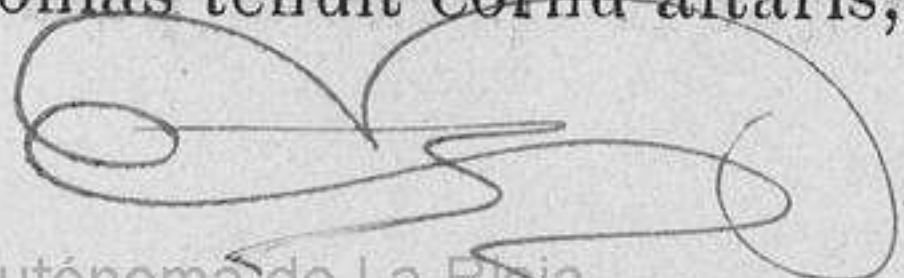
¡Oh María! Los muchos objetos que se ven en los templos, dedicados á Ti por haberse librado de enfermedades, son testimonio evidente de que, ciertamente, eres salud de los enfermos. Como el misericordioso Samaritano curó las heridas del viajero herido en el camino por los ladrones, echando aceite en ellas, así, por solo tu nombre ¡oh María!, que ciertamente significa aceite derramado, pronunciado devotamente, se curarán los enfermos, y, á la vez, será medicina preser-

vativa de los males del cuerpo y del alma. Con devoción pronuncio tu nombre, ¡oh María! *Salus infirmorum, ora pro nobis. Salud de los enfermos, intercede por nosotros.*

Refúgium peccatorum.

No hay nada tan terrible como el nombre del pecado y del pecador, pero, á la vez, nada tan consolador como que María sea refugio de los pecadores. Bien conviene á María este título: Ella es el *Arca viva* que preserva á los hombres de la ruina del cuerpo y del alma; Ella es la *Ciudad de refugio* para los miserables y desgraciados, de la cual podemos decir: «Porque esta fortaleza era su refugio;» (Mac. c. 10.) Ella es como el *Faro* en la torre que á los hombres, en el mar proceloso del mundo, los alumbraba, y á muchos próximos al naufragio del alma «los guía al puerto de salud;» (Salm. 106.) Ella es el *Áncora* que libra á la nave del alma de su perdición.

David, dispuesto para castigar la necedad de Naval, le perdona. ¿Y por qué? Ah! Abigail, mujer de Naval, puesta de rodillas, pide perdón para su marido, y el Rey le dijo: «Me has estorbado hoy derramar sangre.» (1.º Rey. c. 25.) Del mismo modo, por la intercesión de María, perdona Dios á los pecadores. Adonias, temiendo la ira del Rey Salomón, se fué á refugiarse á un lado del altar: Adonias tenuit cornu altaris; (3.º Rey.



c. 1.) en él encontró la seguridad de la vida; tal ara privilegiada y lugar de refugio es María para los pecadores.

Hizo Dios dos grandes lumbreras, el Sol y la Luna; por el Sol comunmente se entiende Cristo; por la Luna, María. ¿Qué diferencia vemos entre el Sol y la Luna? El Sol preside y alumbra al día; la Luna, á la noche. Podemos decir que el Sol, Cristo, luce de día, esto es, á los Justos; la Luna, María, de noche, es decir, á los pecadores. Testigo de esta verdad es el pecador Dimas, que así como antes había entrado á robar por las ventanas, ahora, al fin de su vida, por María, que es llamada por San Ambrosio ventana del Cielo, entra en el paraíso celestial. María dice: «Yo haré memoria de Rahab y de Babilonia, gentes que tienen noticia de mí;» *memor ero Rahab et babilonis scientium me;* (Sal. 85.) esto es, haré memoria de los pecadores que me invoquen.

¡Oh María! libremente confieso que soy un gran pecador, y á la vez temo que la saeta de la divina venganza esté ya preparada y que dentro de breve tiempo se clave en mí, grandísimo pecador. Pero no desespero; á tu protección me acojo; bajo el palio de tu misericordia me pongo; en Tí me oculto, porque por Tí no puede pasar saeta de venganza. ¡Oh María! Sed para mí Madre de misericordia; no me digas que yo te haré Madre de miseria, porque firmemente propongo mudar de vida. Huiré de los pecados; para que lo haga

pronto, sed báculo de mi enfermedad, en el cual pueda apoyarme. ¡Oh María! Refúgium peccatórum, ora pro nobis. *Refugio de los pecadores, intercede por nosotros.*

Consolátrix afflictórum.

María, representada por la Luna, nos indica que, como ella, luce en la noche y tinieblas de las adversidades; de aquí que convenientemente la llamamos «Consuelo de los afligidos ó alivio de nuestra vida.» (Tob. c. 1.) Según un adagio vulgar, el triste busca consuelo; y ¿dónde lo encontrará éste? San Pablo dice que en Dios, porque «nos consuela en toda adversidad.» ¿Qué hacer si Dios no dá consuelo á nuestra aflicción? Entonces.....acercarse á María, consoladora de afligidos, diciendo: «Sea este mi consuelo!» (Joc. c. 6.) y lo será ciertamente.

Los judíos condenados á muerte por el Rey Asueron buscaron auxilio en la reina Esther, y lo encontraron; la misma reina, llena de compasión, dijo al Rey: «Salva la vida de mi pueblo, por la cual te ruego.» (Est. c. 7. v. 3.) No tiene María menos misericordia para sus devotos; pero ésta es mucho mayor cuando la invocan: á los pobres les dá riquezas; á los afligidos, consuelo, y á los desesperados les sugiere consejo.

María nos socorre en todas las necesidades. ¿Eres pobre? María, vara de la raiz de Jesse, á

la manera de vara de coral, te alcanzará tesoros y riquezas. ¿Padeces hambre? María que en las bodas de Caná, alcanzó vino, también te procurará á tí pan y vino. ¿Estás enfermo? María, según San Gregorio Damasceno, es medicamento de todos los dolores del cuerpo y del corazón. ¿Temes á los enemigos? María es aquella mujer fuerte que pone en precipitada fuga á todos los escuadrones, que los desbarata y los vence. En pocas palabras: María es Madre de gracia: todo el que sea hijo devoto de esta Madre, en toda necesidad alcanzará de ella gracia, consuelo y auxilio.

¡María! Nunca temo ni me entristezco más que cuando considero la muerte y me represento á aquel Juez justísimo que vendrá á juzgar á los vivos y á los muertos. Ah! Consuélame, consuelo de los afligidos, y disminuye mi miedo. Ya temo menos, porque sé que eres Madre de misericordia y que proteges á tus hijos y devotos clementemente. El hijo de la Samaritana, muerto en el seno de su madre, resucitó al poco tiempo: recíbeme ¡oh María! en el seno de tu misericordia; permíteme morir en él para resucitar felizmente á la vida eterna. ¡Oh María! Consolátrix afflictorum, ora pro nobis. *Consuelo de los afligidos, ruega por nosotros.*

Auxílium Chistianórum.

María es poderosa contra todos los enemigos, y en todos los peligros es auxilio de los cristianos. Poderosa contra los enemigos, ya sean visibles, ya invisibles; maneja las armas que se usan en toda clase de guerras. Dios no solo á los hombres, sino á cualquier región y reino, le puso su Ángel custodio; además de ésto, no solo los pueblos y ciudades, sino los reinos todos escogen sus Santos Patronos y Abogados. ¿Cuál es el principal protector de la Iglesia? La Iglesia misma responde á esta pregunta en las Letanías Lauretanas, y dice: María es el auxilio de los cristianos.

¿Cómo nos hemos atrevido los cristianos á tomar á María por nuestra protectora? Cuando la vida de Jesucristo se destilaba gota á gota desde la cruz, dijo á su madre: «María, he aquí á tu hijo;» en San Juan, pues, se constituyó Madre de todos los cristianos. Y, ciertamente, tiene más cuidado de los cristianos María, nuestra Madre, que el que tuvo aquella madre solícita hácia su hijo Tobías. Así como en el juicio de Salomón la verdadera madre no quería que su hijo se dividiese en dos partes, María no permite que fácilmente suceda ningún mal á sus hijos los cristianos: como solícita Madre, dice: «Yo duermo, pero mi corazón está despierto,» para bien de la Iglesia.

Cuando la ciudad de Bethu'ia estaba sitiada por el ejército de Holofernes, próximos á rendirse y sin esperanza de libertad, Judith consolaba á los ciudadanos de Bethulia y amenazaba á sus enemigos con estas palabras: «Ay de la nación que se levante contra mi pueblo, porque el Señor Todopoderoso ejercerá en ella su venganza.» (Jud. c. 16.) Tal ¡ay!, tal venganza, ya la han experimentado muchas veces varios enemigos y perseguidores de los cristianos: María auxilio de los cristianos, los debilitó, los venció y los postró.

¡Oh María! A los Ángeles los pintan con alas para indicarnos su prontitud en socorrer á los hombres y su velocidad en llevarles el auxilio; pero Tú ¡oh María! eres más pronta en ayudar y tu velocidad es incomparablemente mayor para llevar socorro: te invocan, y ya está el auxilio, y muchas veces hasta sin rogártelo, antes que te lo pidan. prestas favor y fuerza á los pobres. María, cuando la congregación de los cristianos se vea perseguida por sus enemigos, sed nuestra auxiliadora; á Tí clamaremos ¡oh María! *Auxilium Chistianórum, ora pro nobis. Auxilio de los cristianos, ruega por nosotros.*

Regína Angelórum.

María es Reina de todos los Ángeles, porque los supera á todos. Grande es en verdad la excelencia de los Ángeles: son veloces para poder ir

en un momento á donde quieren; sùtiles para penetrar el hierro y las durísimas piedras; tan fuertes, que uno solo de ellos puede mover el mundo ó invertir su posesión; sapientísimos, pues conocen perfectamente todas las propiedades de la naturaleza; tan hermosos, que el ínfimo de los Ángeles con su hermosura supera mil veces al esplendor del Sol. Pero es mucho mayor la excelencia de María. Dios puede crear Ángeles más excelentes; pero no una Madre más noble.

Los Ángeles reconocen la excelencia de María y la sirven como á su Reina. ¿Quién anunció á María la maternidad de Cristo? No fué el Angel custodio de Ella, el Arcángel Gabriel? ¿Quién amonestó á José que con María huyese á Egipto? Un Ángel. ¿Quién le predijo á María su muerte? Un Ángel. ¿Quién llevó la casa de Nazaret de Galilea á Italia? Los Ángeles la llevaron; por fin, la celebración de algunas fiestas de María, á los Ángeles se debe.

Los Ángeles con suma alegría prestan sus servicios á María, Reina gloriosísima del Cielo, como diciendo: «Tú y tu Hijo nos mandaréis.» (Jud. c. 8.) Del trono de esta Reina podemos decir lo que se ha dicho del trono del Rey Cristo: «Eran millares de millares los que le servían, y mil millones é innumerables los que asistían ante su presencia. (Dan. c. 7.) *Millia millium ministrabant ei, et decies millies centena millia assistebant ei.*

¡Oh María! Gloriosísima Reina de los Ángeles, oye los suspiros y gemidos de tus devotos; ¡ah! si fuera posible, yo quisiera ser el Sol, para vestirte á Ti, ¡oh María! ¡la Luna, para servir de escabel á tus pies; preciosa piedra para coronarte, ¡oh Reina;! brillante perla para hornar tu cetro; resplandeciente anillo, para adornar tus dedos; precioso diamante, en el cual estuviesen mil corazones para amarte y mil lenguas para alabarte: deseo con David tener alas de paloma para volar á tu trono, considerar tu magestad y con reverencia, poder decirte: ¡oh María! Regina Angelórum, ora pro nobis. *Reina de los Ángeles, intercede por nosotros.*

Regína Patriarchárum.

Para ser propiamente Patriarca, se necesita que algún género de nombres ó alguna gente tome de él su principio y origen; tales son Adán, Abrahám, Noé, y otros Padres del Antiguo Testamento, de los cuales se ha escrito: «Estos son lo Patriarcas y Príncipes ó troncos de las familias que habitaron en Jerusalém:» Patriarchæ et cognationum príncipes, qui habitaverunt in Jerusalém. (1. Par. cap. 8.) Por la misma razón, Agustín, Francisco, Domingo, Ignacio y otros muchos fundadores de órdenes religiosas se llaman Patriarcas del nuevo Testamento; pero unos y otros llaman á María su Reina.

La virtud propia y principal de los Patriarcas es la obediencia: porque Abraham obedeció á Dios y estaba dispuesto á sacrificar á su hijo; porque Jacob obedeció á su madre y dejó su patria, uno y otro fueron hechos Patriarcas. María supera en obediencia á todos los Patriarcas: Ella no esperó á la ley, sin ley, y, lo que es mucho más, sin consejo y sin ejemplo consagró á Dios su virginidad; cumplió la ley de la purificación, de la cual, como Madre purísima de Cristo, estaba exenta; se llamó esclava del Señor, y no contradijo al Altísimo ni de palabra, ni de hecho, ni aún de pensamiento.

María no solo superó en obediencia á los Patriarcas, los excede en todas las virtudes. Noé, varón justo, salvó al género humano con el Arca fabricada por él; pero María, que es *Arca de salud* y Madre del Redentor libró de la perdición al género humano. María á la humildad de David, á la paciencia de Job, al celo y fervor de Elías, á la castidad de José y á todas las virtudes patriarcales las supera de una manera admirable. Con razón eres Reina de los Patriarcas.

¡Oh María! que además de las más heróicas virtudes, por toda la vida tuviste perfectísima obediencia, de suerte que ni de palabra, ni de obra, ni de pensamiento desagradaste al Altísimo, yo te suplico que me alcances gracia para que á ejemplo tuyo, á Dios y á mis superiores les obedezca siempre y no á mi perversa voluntad;

que la recta razón y los preceptos divinos sean siempre mi guía, ¡oh María! Regina Patriarcharum, ora pro nobis. *Reina de los Patriarcas, intercede por nosotros.*

Regina Prophetarum.

Daniel, David y todos los Profetas quieren á porfia coronar á María, parece que todos saben aquellas palabras del Apocalypsis (cap. 19): «El espíritu de profecía que hay en Ti es testimonio de Jesús.» Estas nos indican que puede llamarse Profeta á aquél que tiene el espíritu de profecía, esto es, que predice las cosas futuras por revelación ó inspiración divina. Con fundamento llamamos á María Reina de los Profetas, porque poseyó este espíritu más que ningún Profeta.

Mas, qué cosas predijo María y dónde adquirió este espíritu profético? Manifestó su espíritu profético en el canto **magnificat**; en él, además de otras cosas, predijo su gloria: «Bienaventurada me llamarán todas las generaciones.» María, por las frecuentes meditaciones, por las visitas Angélicas, por las revelaciones de Dios y por la presencia de Cristo, fué ilustrada. Hasta el mismo nombre de María es una misma cosa que nombre de Profeta: Maria significa *iluminada*.

Si, según el texto sagrado, «mayor es el don de profecía que el de lenguas» (Cant. 1. c. 14),

porque es iluminado por Dios, con razón María es la Reina de los Profetas, porque fué ilustrada por Dios más que ningún Profeta; según San Basilio, fué ilustrada en el vientre de su madre, conociendo más claramente á Dios que ningún otro Santo en la edad adulta. El don de profecía es un don del Espíritu Santo; siendo, pues, María Esposa del mismo Espíritu, sin duda de ningún género fué adornada de un modo especial, más que ningún otro con este don singularísimo.

¡Oh María! Tú eres aquella felicísima Esposa que el Celestial Esposo introdujo en la cueva de los vinos, y te llenó del vino de la caridad, y del espíritu de profecía, de suerte que, iluminada más que todos los Santos, no solo prevees las cosas futuras, sino que vienes en conocimiento y noticia de los altísimos misterios. Ah! yo te pido que me alcances luz en mi entendimiento para conocer la malicia y atrocidad del pecado y á la vez comprender perfectamente el estado peligrosísimo del pecador; por este conocimiento enmendaré mi vida, ¡oh María! Regina Prophetarum, ora pro nobis. *Reina de los Profetas; ruega por nosotros.*

Regina Apostolorum.

Así como después de la Ascensión de Jesucristo á los Cielos María perseveró con los Apóstoles

en oración, y en la fiesta de Pentecostés, cuando los Apóstoles fueron llenos de la gracia del Espíritu Santo, estaba en medio de ellos, ahora en el Cielo está colocada como Reina gloriosísima de los Apóstoles.

Cristo llamó á los Apóstoles *lux mundi*, luz del mundo; pero María es digna de este gloriosísimo nombre, y en cierto modo la podemos decir *Sol mundi*, Sol del mundo, porque á todos los hombres que la invocan devotamente les alcanza luz de gracia, y con los rayos de su misericordia los ilumina en las tinieblas de las adversidades. La columna de sombra y la columna de luz que guió á los israelitas por el desierto á la tierra de promisión, la primera por el día y la segunda por la noche, figuran á María, que, por el día y por la noche, por el desierto de este mundo, nos enseña el camino que conduce á la patria celestial.

Todos los Apóstoles, con grande alegría, obedecen á María como á su Reina y predicán sus méritos; entre todos sobresale San Juan, que fué constituido en hijo suyo, y San Pedro, que, después de la trina negación, alcanzó el perdón y la gracia. Mateo con estas palabras: *de qua natus est Jesús, qui vocatur Christus*, de la cual nació Jesús que se llama Cristo, dá á María una grande alabanza; Tomás en el sepulcro de María pronunció una insigne oración para elogiarla; Bartolomé cien veces por el día y otras cien por

la noche recitó la Salutación Angélica; Santiago el Mayor en España, en honor de María, construyó una capilla, cuando todavía vivía la Virgen. ¿Y qué los demás? Todos los Apóstoles dieron á María el mayor honor que pudieron.

¡Oh María! que por una sola palabra, por aquella que en tu purísimo vientre el Verbo se hizo carne, quedando Tú ilustrada y, en cierto modo, Maestra del mundo, yo te suplico ¡oh Maestra! que me recibas por discípulo; dame tal consejo que con él obre siempre prudentemente; prescribeme tales reglas según las cuales viva piadosa y devotamente; manifiéstame el camino, en el cual ande siempre seguro; enséñame tal estratagemas con la cual venza á mis enemigos, ¡oh María! Regína Apostolorum, ora pro nobis *Reina de los Apóstoles, ruega por nosotros.*

Regína Mátyrum.

Con gran verdad podemos decir de la Virgen lo que se lee en los Libros Sagrados: «estaba vestida de púrpura con la sangre de los Santos y con la sangre de los mártires de Jesús;» (Ap. c 17.) más padeció María que todos los mártires, y todo lo que Jesucristo padeció en el cuerpo, todo lo padeció la Madre de Cristo en el corazón y en el alma, de suerte que la espada de dolor á la vez traspasó el corazón del Hijo y de la Madre. El protomartir San Esteban parece que pone una

corona á María, para demostrarnos que, con razón, María es la Reina de los Mártires.

Agar no pudo ver morir á su hijo, según enseña la Escritura; llorando se retiró. Jacob, viendo ensangrentada la túnica de su hijo José, rasgó sus vestiduras, y por espacio de mucho tiempo no pudo templar sus lágrimas. Si los padres sienten á sus hijos, ¿cuánto dolor no sentiría María, cuando vió á su Hijo hermosísimo escupido; á su Hijo laudabilísimo objeto de burlas; á su Hijo castísimo desnudo en medio de innumerables gentes; á su hijo inocentísimo, crucificado como un malvado?

Todos los clavos que atravesaron las manos y pies de Jesús también traspasaron el alma de María; la corona de espinas que taladró la cabeza de Jesús, agujereó el corazón de María; los azotes que recibió Cristo en el cuerpo, los sufrió María en el alma; la cruz que tuvo pendiente de sus brazos á Jesús, también oprimió el corazón de María; las palabras calumniosas proferidas contra Jesucristo, resonaron como eco en el alma de María; en breve: tanto fué el dolor de María, que si se dividiese entre todos los hombres, según San Bernardino, todos perecerían.

¡Oh María! Yo conozco *lo mucho* que padeciste, ésto es, más que todos los Mártires, lo mismo que Cristo, y mucho más que lo que se puede padecer naturalmente. Yo sé *por qué* padeciste: porque viste á tu Hijo padecer, conociste su inocen-

cia, y porque lo has amado mucho más que lo que pueden amar otras madres á sus hijos. ¡Oh María! Yo entiendo *cómo* padeciste: estando en la cruz con gran modestia, con suma constancia y con inefable paciencia. Todo lo conozco y á la vez te ruego que me alcances paciencia para sobrellevar mis adversidades, y para que siempre piense de este modo: Cristo no evitó las penas á su Madre santísima; ¿por qué me has de economizar á mí, gran pecador? ¡Oh María! *Regina Mátyrum, ora pro nobis. Reina de los Mártires, intercede por nosotros.*

Regina Confessorum.

«Los veinticuatro ancianos se postraban delante del que estaba sentado en el trono, y adoraban al que vive por los siglos de los siglos, y ponían sus coronas ante el trono.» (Ap. c. 4.) Esto mismo sucede en el trono de María, ante el cual los Santos Confesores doblan sus rodillas, y adoran á María como á su Reina. Sí, según el canto de la Iglesia, es confesor aquél que es piadoso, prudente, humilde y que pasa su vida sin mancha, entonces con óptimo derecho se llama la Virgen Reina de los Confesores, porque todas estas virtudes las ejerció en grado sumo.

Aquel es Confesor, según San Jerónimo, que confiesa de palabra la fé de Cristo, y prueba sus

palabras con obras; si consideramos en María la fé y las obras, veremos que ninguno de los Santos se puede comparar con Ella. Ninguno de los Apóstoles fué tan constante en la fé como María; en la pasión de Cristo todos le abandonaron, María constantísima en la fé asistió á su Hijo hasta la muerte.

Por fin, aquel es Confesor que usa bien de sus talentos, ya sean de naturaleza, ya de gracia. María, en este caso, bien puede llamarse Reina de los Confesores, porque siempre cooperó á las gracias divinas, que poseyó más abundantemente que los Ángeles y los Santos; los grandes talentos que recibió de Dios no los usó sino para el honor divino y edificación del prójimo.

¡Oh María! Si dirijo los ojos de la mente hacia Vos, espejo de todas las virtudes, y á la vez considero mi vida, entonces veo en Tí grande humildad; en mí gran soberbia; en Tí, constante mansedumbre; en mí incesable ira; en Tí, gran castidad; en mí, muchas manchas é impurezas; principalmente veo en Tí la fé viva; en mí la muerta, porque solo llevo el nombre de cristiano y las virtudes raras veces las pongo en práctica. Alcánzame gracia para que mi fé se vivifique por las buenas obras. ¡oh María! Regina Confessorum, ora pro nobis. *Reina de los Confesores, intercede por nosotros.*

Regina Virginum.



«Estos siguen al Cordero doquiera que vaya, porque son Vírgenes.» (Apc. c. 14.) sequuntur agnum, quocunque jert, Virgines sunt. Unos tienen en sus manos un lirio, para indicarnos que conservaron íntegra é inviolada su virginidad hasta la muerte; otras tienen una palma, para enseñarnos que han seguido al Cordero divino por la vía sanguínea, esto es, que por amor á Cristo y á su virginidad dieron su sangre y su vida; de suerte que, habiendo padecido como mártires, pueden decir de Cristo: «Tú eres para mí Esposo de sangre.»

María es la Capitana y Reina de todas las Vírgenes, porque á todas las excede en pureza, y es como la fundadora del estado vírgen; en Ella se ha cumplido el vaticinio de David: «llevará después de sí á muchas vírgenes.» María por su voluntad consagró á Dios su virginidad y á ejemplo de Ella muchos miles de vírgenes eligieron á Cristo Rey por su Esposo.

Después que los israelitas pasaron felizmente el mar Rojo, la hermana de Aarón, llamada María, en acción de gracias entonó un cántico; al ejemplo de María, gran multitud de mujeres siguieron cantando. Igual y mucho mayor efecto causó el Ejemplo de la Purísima Virgen María:

hecho el voto de virginidad, trajo hacia sí un número increíble de mujeres.

¡Oh María! Tú eres la dichosa y gloriosa fundadora del estado vírgen, porque fuíste la primera que sin ley, sin ejemplo y sin consejo consagraste á Dios tu virginidad, y con esto llevaste á Cristo, Esposo de las Vírgenes, miles y miles de almas; desposadas con El por el voto de virginidad celebran en el cielo las eternas bodas ¡Ah! alcánzame gracia para que mi alma se purifique de las manchas de los pecados y que después sea admitido á las bodas celestiales. ¡Oh María! Regína Virginum, ora pro nobis. *Reina de las Vírgenes, ruega por nosotros.*

Regína Santórum émnium.

Entre las estrellas menores, la luna luce más que todas ellas y su luz las supera en mucho; María, llena de gracia, santidad y gloria, excede incomparablemente á todos los Santos. El trono de María lo rodean todos los Santos y le ofrecen sus coronas como á Reina. Un gran milagro, dice San Juan Crisóstomo, fué la siempre Virgen María. ¿Quién fué más santo que Ella? No los Profetas, no los Apóstoles, no los Mártires, no los Patriarcas, no los Ángeles, no los Tronos, no las Dominaciones, no los Serafines, no los Querubines; entre todas las cosas creadas, visibles é invisibles,

no puede encontrarse una mayor, ni más excelente que María.

María es aquel monte que domina á todos los que le rodean: *supereminet omnes*. En este monte Mariano fué preparada la casa del Señor: «El monte ó reino de la casa del Señor será fundado sobre la cima de los demás montes, y se levantará sobre los altos collados.» (Mich. c. 4.) Aunque se llamen montes excelsos los Patriarcas, Profetas, Apóstoles, Mártires y otros Santos, María, sin embargo es el monte más excelso, porque es monte fundado sobre la cima de los montes, y este monte comienza donde terminan los otros.

Así como todos los ríos afluyen al mar, así en María, como Reina de todos los Santos, se encuentran congregadas todas las virtudes: la inocencia de Abel, la justicia de Noé, la fé de Abraham, la obediencia de Isaac, la constancia de Jacob, la castidad de José, la mansedumbre de Moisés, la paciencia de Job, el amor de Pedro, el celo de Pablo, la modestia de Ruth, la fortaleza de Judith, la prudencia de Abigail, la piedad de Esther, la sabiduría de Catalina; en un palabra: María es el compendio de todas las virtudes.

¡Oh María, gloriosísima Reina! Mira desde tu elevado trono á los miserables hijos de Adán y socórrenos en nuestras necesidades. Tú en tu reino reinas con Dios; nosotros estamos en el destierro; Tú estás exaltada en el monte de la felicidad; nosotros andamos en el valle de lágrimas: Tú fe-

lizmente diste con la puerta del Cielo; nosotros aún nadamos en el peligroso piélago del mundo; Tú venciste á tus enemigos; á nosotros aún nos restan empujes peligrosos; ah! pelea por nosotros ¡oh María! Regina Sanctórum ómnium, ora pro nobis. *Reina de todos los Santos, ruega por nosotros.*

Regína sine labe origináli concépta.

El que engendra, engendra seres semejantes á él: generans generat sibi simile. Ya pueden los hombres multiplicarse cuando quieran; esta ley no se mudará; no se destruye aquella solidaridad radical por la que todos somos concebidos en pecado. Parece que podemos afirmar que la humanidad no es otra cosa que el mismo Adán continuado. En el mundo nada se ha interrumpido, ni los días, ni las noches, ni las estaciones, ni las genealogías, ni las historias; nada; todos traemos el pecado de origen, señal inequívoca de una falta primera. Solo para María no existió esta ley, solo Ella no tuvo esta mancha. Fué elevada por sus méritos sobre los coros de los Ángeles hasta el trono de Dios.» (San Gregorio Pap.) ¿Quién se atreverá á tasar sus privilegios? «Colocada entre Jesucristo y la Iglesia,» (San Bernardo) ¿quién negará que aplastó la cabeza de la serpiente, que pugnaba por hacerla partícipe del pecado original?

La piadosa creencia de la Inmaculada Concepción fué declarada dogma de fé. Hacía mucho tiempo que la voz de la Iglesia se confundía con la voz del género humano en una controversia que ha durado algunos siglos. El espíritu de amor, que atribuye tanta hermosura á María, tan vivos resplandores en sus ojos, tanta dulzura en sus labios, fué sin duda esclareciendo este misterio que, aunque cantado con profanas alabanzas, arrastró desde el principio el asentimiento de las gentes. Los Profetas abrieron su boca para cantar las alabanzas de María; hicieron coro los Patriarcas, los Reyes, los Sacerdotes, las Virgenes y el pueblo; sonaron voces de lo alto y de lo profundo, que venían de los Ángeles y de los abismos; el Sol, la Luna y las estrellas, la primavera y el otoño, la mañana y la tarde, la rosa y el lirio de los valles uniéronse á las tradiciones y propagaron á porfía la pureza virginal de María. La oscura noche de los siglos más remotos pugnaba por llegar á la claridad del día. Mas ya llegó ese día; el triunfo es público, notorio y solemne.

Pío IX, el grande, más grande que toda alabanza humana, llevado al destierro por una borrasca de la furiosa tempestad revolucionaria, cuando todos se preocupaban de su suerte, él, tranquilo en su destierro, levantando las manos al Cielo, después de oír el testimonio de trescientos millones de católicos en favor de María, asis-

tido del Espíritu Santo, definió, declaró y sancionó solemnemente que María Santísima, Madre de Dios, fué concebida sin mancha de pecado original. (Palabras de la Bula «Ineffabilis Deus,» en que se declaró este dogma de la Inmaculada Concepción, el día 8 de diciembre de 1854.) Un momento como este tan sublime estaba reservado á un tal Pontífice. La ciencia, agotando todos sus recursos, había hecho un resumen y definido la cuestión en tono dogmático. Es de notar que en aquellos tiempos de indiferencia religiosa, la piedad de los fieles pidió la declaración á la Silla Apostólica. Pío IX, levantado sobre el pedestal de los siglos, viendo lo pasado, lo futuro y lo presente, mirando á los puntos cardinales y teniendo en su mano los hilos de las tradiciones, sintiéndose arrebatado por el éxtasis de los Justos, dice á María: «¡Qué hermosa eres, amiga mía, qué hermosa eres.» (Cant. c. 4. v. 1.) ¡Toda eres hermosa y mancilla de pecado no hay en Tí!» (Id. c. 7) «Ven del Líbano, Esposa mía, ven del Líbano, ven: serás coronada de la cima de Amaná, de las cumbres de Sanir y del Hermón, de las cuevas de los leones, de los montes de los Leopardos.» (Id. c. 4. v. 8.)

¡Oh María, limpia de toda mancha, dinos que eres nuestra Madre! Llévanos hacia Tí; guíanos á través de la oscura y tenebrosa noche de la vida. Señora, ducificad mis labios, para cantar vuestras alabanzas; purificad mi corazón, para

que siempre piense en Vos; dirigid mi entendimiento para que ame esa pureza que anuncia el Cielo. ¡Oh Mensajera del día! ¡oh esperanza del peregrino,! llévanos hacia Ti. Vuestra gloria en la Purísima Concepción tiene fundamentos indestructibles; todo habla de María: las figuras proféticas, la naturaleza toda, las alabanzas de antes como las de ahora son imágenes y ecos que mutuamente se repiten; permitid que yo una á estos mis alabanzas. Vuélveme á Jesús, llévame á tu patria, ¡oh María! Regina sine labe concepta, ora pro nobis. *Reina concebida sin mancha de pecado original, ruega por nosotros.*

Nota. El culto de la Inmaculada Concepción de María Santísima se cree que empezó á celebrarse en España en el siglo VII. Da. Juan I de Aragón, en el siglo XIV, tuvo interés en que se propagase esta devoción en sus dominios, y, para conseguirlo, expidió letras. Afirma que sus predecesores celebraron esta fiesta.

Regina sacratissimi Rosarii.

Imposible es de todo punto enumerar los elogios que se ha hecho del Rosario. «El Rosario es el compendio del Nuevo Testamento; en él se hallan como compendiados los misterios de nuestra sacrosanta Religión.» (Juan, Rey de Bohemia.) El Rosario no es una devoción abstracta, fórmu-

la vana é insustancial, un título *sine re* y una fastidiosa repetición, como algunos sacrilega é impiamente dijeron, es, por el contrario, una devoción viviente, racional y admirable que ilumina el entendimiento, inflama el corazón y sacia á todo el hombre. (P. Leikes) Felices los pueblos, felices las familias en las cuales esta devoción, la más bella de todas, se practican con fidelidad. (Revista de Bohemia.)

«En el Rosario parece que las almas se olvidan de las cosas mundanas, caducas y perecederas y se suben hasta los Cielos. El Rosario es y ha sido siempre un acto, tanto para las almas grandes como para las comunes; y, sin embargo, no tengo dificultad en conceder por un momento que el Rosario sea la devoción de las mujeres; lo cual, lejos de rebajarlas las eleva y ennoblece.» (Un escritor célebre.) El Rosario es el dón más precioso, ilustre, singular y celebrado que la Madre de Dios concedió á la orden de Predicadores. Es para los mortales áncora segurísima de su salvación eterna, eficaz antídoto contra todos los dolores del alma. (Rmo. cloche.) Predica al mundo mi Rosario, dijo la Virgen á Santo Domingo, procurando fijar en los corazones de los oyentes los misterios de la Encarnación, vida y muerte de mi Hijo, y cree de mí que será dulce y copioso el fruto que harás en las almas.

«Entre los títulos insignes con que la Madre de Dios es saludada por los pueblos cristianos, es

de notar en primer término el tan solemne del Rosario, que despierta en nosotros el perenne recuerdo de los señalados beneficios por Ella concedidos á toda la cristiandad.» (Leon 13) El Rosario es una devoción en gran manera grata á la Virgen, llena de eficacia para la defensa de la Iglesia y del pueblo cristiano, y para impetrar de Dios públicos y particulares beneficios.» (León 13.) Gracias á la devoción del Rosario, usada y adoptada según la institución del Patriarca Santo Domingo, empezaron á revivir en la piedad, la fe y la concordia y á caer desechos en todas partes las maquinaciones y artificios de los herejes. (Id.) Fué instituido el Rosario para implorar el patrocinio de la Virgen contra los enemigos del nombre católico; y en tal concepto, nadie ignora que ha servido mucho y muchas veces para obtener el alivio de los males de la Iglesia. (Id.)

¡Oh María! Que no sea yo tan ingrato que no corresponda á vuestros deseos rezando el Santísimo Rosario. Salude el mundo cristiano á su Reina María, dándole las gracias por los beneficios que recibimos de sus manos con esta piadosa devoción. Apliquemos á esta saludable devoción aquellas palabras que el Espíritu Santo pone en boca del que alcanza la celestial sabiduría: «Todos los bienes me vinieron juntamente con ella y recibido por su medio innumerables riquezas.» Y gozábame en todas estas cosas, porque me

guiaba esta *devocion* é ignoraba yo que ella fuese madre de todos estos bienes. Aprendíla sin ficción y la comunico sin envidia, ni encubro su valor, pues es un tesoro infinito para los hombres, que á cuantos se han valido de él los ha hecho partícipes de la amistad de Dios.» (Bolt. Ecl.)
Haced que sea siempre fiel á esta devoción, ¡oh María! Regína sacratissimi Rosárii, ora pro nobis.
Reina del Santísimo Rosario, ruega por nosotros.

Agnus Dei, qui tollis peccáta mundi.

El cordero que San Juan vió en el Apocalypsis nos lo señaló con el dedo, diciendo: «Ecce Agnus Dei;» ved aquí al cordero de Dios. Este Cordero no es otro que Jesucristo; de El se ha dicho que como una oveja fué llevado al matadero y que se inmoló por la salvación de todo el género humano. Et pepercit populo suo; (Joel c. 2) «y ha perdonado á su pueblo,» dice el Profeta Joel. Isaías en el capítulo 39: «que ensalzará su gloria con perdonarnos;» exaltabitur parcens nobis. Muchos son los textos de la Sagrada Escritura que nos dicen que «El Cordero de Dios, Cristo, vino para quitar los pecados del mundo.»

Dios en el Antiguo Testamento se mostró siempre severísimo con los pecadores. Bien patente está ésto, porque los pecados de los hombres fueron castigados con gravísimas penas;

leánse los libros de dicho Testamento y verán que solo la lectura de tales castigos nos debe hacer temblar á los pecadores; pero en el Nuevo Testamento Dios se manifiesta tardo para castigar y fácil en la misericordia para los pecadores, aunque sean gravísimas sus faltas. ¿De dónde cambio tan radical? Permitanme la expresión; entonces Dios era como un león; después amantado el Hijo de Dios con la leche de la mansísima María su Madre, se convirtió de fierísimo león en manso cordero.

Jesucristo, sacrificado como mansísimo cordero, borró los pecados del mundo. Ahora el pacientísimo Cordero tolera á los pecadores, les concede tiempo para que hagan penitencia y á los verdaderos penitentes, lleno de misericordia, les concede el perdón de sus maldades. No desespere ningún pecador, aunque sus crímenes sean aun más numerosos que las arenas del mar; al contrario, con humilde y contrito corazón diga y suspire al cordero divino: Cordero de Dios, que quitas los pecados del mundo, perdónanos, Señor.

¡Oh Jesús! que por toda la vida conservaste la primera cualidad de Cordero, esto es, la humildad en grado sumo, sufriendo pacientemente todas las ingratitudes, persecuciones, oprobios, tormentos y hasta la misma muerte; alcánzame gracia para que, á ejemplo tuyo tenga paciencia en las adversidades; sea constante en tu servicio y la cruz que me impongas la lleve pacientemen-

te; obrando así alcanzaré de Tí el perdón de mis pecados. *Cordero de Dios, que quitas los pecados del mundo, perdónanos, Señor.* Agnus Dei, qui tollis peccáta mundi, parce nobis, Dómine.

Agnus Dei, qui tollis peccáta mundi.

Este es el Cordero que abrió el libro de los siete sellos: los veinticuatro ancianos que vió San Juan en el Apocalypsis se postraron ante el Cordero y cantaron un cántico nuevo. Por este Cordero otra vez entendemos á Jesucristo, que, muerto como un cordero, se ofreció al Padre Divino como sacrificio propiciatorio y satisfactorio; por los ancianos, los Sacerdotes y otras personas especialmente dedicadas á promulgar y predicar las alabanzas divinas.

Debemos saber que aquel Divino Cordero que fué sacrificado en la cruz de un modo cruento, ahora en el altar se sacrifica de un modo incruento y se le ofrece al Padre Divino por los Sacerdotes como Hostia gratísima. ¡Felices aquellos que exclaman con la Iglesia durante este Sacrificio: *Cordero de Dios, que quitas los pecados del mundo, escúcharos, Señor.*

Según la doctrina de los Santos Padres, María contribuyó mucho á nuestra redención; así como por la sangre del Cordero Divino Cristo fueron borrados nuestros pecados y canceladas nuestras

deudas, también es cierto que este Cordero se formó de la sangre purísima de María; si Cristo, pues, el Redentor del mundo, María, como Madre de Cristo, es Mediadora y Corredentora del mundo.

¡Oh Cristo Jesús! que por toda la vida tuviste otra propiedad del cordero, la mansedumbre, para admiración del mundo, cuando no tomaste venganza de tus enemigos, ni con hechos, ni con palabras; que no solo los perdonaste, sino que antes de la muerte rogaste por ellos; concédeme que yo, á imitación tuya, ame á mis enemigos, haga bien á los que me hacen mal y así, según tu promesa, mientras yo perdono á mis enemigos, Tú me perdonarás mis pecados. *Agnus Dei, qui tollis peccáta mundi, exaudi nos, Domine. Cordero de Dios, que quitas los pecados del mundo, escúchanos, Señor.*

Agnus Dei, qui tollis peccáta mundi.

Junto al Cordero estaban siete Ángeles con siete tazas ó cálices llenos de la ira de Dios. Por estas siete tazas que San Juan vió derramar en el mundo, se denotan siete plagas ó penas; por el Cordero, Cristo, que puso fin á las plagas, borró los pecados del mundo y, como un nuevo y segundo Adán, nos abrió las puertas del Paraíso, cerradas por el primero.

Así como á Cristo llamamos nuevo Adán, del mismo modo á María podemos decir la nueva y feliz Eva; ésto mismo parece que quiso indicarnos el Arcangel Gabriel por la palabra *Ave*, pues si la leemos al reves, dice Eva. La primera Eva hirió á todo el género humano; la segunda Eva María lo curó. La primera Eva fué engañada por la serpiente; la segunda Eva María deshizo la cabeza de la serpiente. La primera Eva comiendo del fruto prohibido, comió la muerte; pero la segunda Eva María, por el fruto bendito de su vientre; nos trajo la vida á todos.

No olvidemos en el fin de esta ultima consideración de lo que es lo último: del último juicio; consideremos bien que ha de venir el Juez Cristo rodeado de gran poder y magestad. Consideremos que Dios, de un severo León, se hizo manso Cordero; pero otra vez este Cordero, se hará severísimo León. Ahora que es tiempo, antes que el Cordero se haga León y el Padre se revista de la autoridad de Juez, exclamemos muchas veces: «Dios tenga misericordia de nosotros y nos bendiga.» (Sal 66.)

¡Oh Cristo Jesús! que tambien guardaste la tercera propiedad del Cordero, la pureza, pues atestigua Pilatos que en Tí no encuentra culpa alguna y, á pesar de esto, te condena á muerte de cruz en medio de dos ladrones; muerte dolorosísima fué la tuya, pero, como dice San Bernardo, no eran tus dolores los que te hacían sufrir, eran

mis pecados. Señor, en el Cielo no puede entrar lo manchado; haced que lave las manchas de mis culpas con una constante penitencia. Ah! oye y escucha esta mi petición, de la cual pende mi felicidad eterna. *Agnus Dei, qui tollis peccata mundi, miserere nobis. Cordero de Dios, que quitas los pecados del mundo, ten misericordia de nosotros.*



MODO DE OIR LA SANTA MISA

La Misa es un compendio de maravillas, el más santo de todos los Sacrificios, que dá alegría á los Ángeles, gloria á la Santísima Trinidad, esperanza á los pecadores, gracias á los vivos y sufragio á los difuntos en grado infinitamente mayor que le dieron las obras y méritos de todos los Santos existentes y posibles, incluso los de María Santísima. ¿Podemos manifestar mejor á Dios nuestro reconocimiento que ofreciéndole el más precioso de los dones que se sirvió concedernos, su Hijo unigénito, que él mismo nos regaló, y que se entregó por víctima de nuestra redención? Entonces sí que podemos decir con Salomón: «Nosotros, Señor, os devolvemos lo que nos habéis dado.» (Paral. cap. 29. v. 14.) Si esto no fuera ignorado de los fieles, ¿se faltaría como se falta al Santo Sacrificio de la Misa? Si esto lo sabe el mundo cristiano, ¿cómo oye la Misa distraído, sin considerar siquiera por un momento los méritos y gracias que podemos ganar oyéndola con devoción? Para que los que lean este libro no falten al precepto cuando les obligue, y adquieran méritos les pondré aquí un método sencillo y breve para oír debidamente la Santa Misa.

ORACIÓN PARA ANTES DE LA MISA.

¡Dios mío! Me pongo delante de vuestros altares para oír el Santo Sacrificio de la Misa. Purificad mi corazón, encended mi alma en los dulcísimos afectos de vuestro amor, de vuestra humildad y de vuestra caridad. Llenad mi alma de dolor por mis culpas. Dadme un rayo de luz para andar por el camino de la virtud. Uno mi intención á la del Sacerdote para ofreceros la víctima que más os agrada, el Cordero sin mancha, vuestro Hijo y nuestro Redentor. Os ofrezco, si, este Sacrificio en satisfacción de mis pecados y en sufragio de las almas del Purgatorio que más os agraden y de mi mayor obligación.

LA CONFESIÓN.

Señor, me reconozco delante de vos y de los hombres que soy pecador. Pequé por mi culpa y ya no soy digno del nombre de hijo de Dios. Virgen Santísima, Santo de mi nombre, Angel de mi guarda, Santos todos, rogad por mí al Señor. Oid, Señor, á vuestra Santísima Madre y á vuestros escogidos y concededme el perdón de mis pecados: yo los detesto y quiero borrarlos con la penitencia. Señor, ten misericordia de mí.

INTRÓITO.

Yo asisto á este augusto Sacrificio de la Misa en nombre de la Santísima Trinidad. Sean alabados eternamente el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo.

QUIRIES.

Señor de todo cuanto tiene ser, mirad con ojos compasivos á este miserable pecador; tened compasión de mis miserias y dadme el perdón de mis culpas y pecados.

GLORIA IN EXCELSIS DEO.

Gloria á Dios en las alturas y en la tierra paz á los hombres de buena voluntad. Os alabamos, Señor, os bendecimos, os glorificamos, os damos gracias á la vista de vuestra grande gloria. Vos sois el Señor de la gloria, el Monarca soberano y el Padre omnipotente. Vos solo el Señor, Vos solo el Santo, Vos solo el Altísimo ¡oh Cristo Jesús! Vos solo el que tiene poder para salvarnos. ¡Oh Cordero de Dios, que quitas los pecados del mundo, ten compasión de nosotros! Desde el Cielo

donde reinas y reinarás eternamente, mira con compasión á tus siervos, para que cantemos al fin vuestras alabanzas en la gloria del Padre celestial. Amén.

ORACIÓN.

Dios y Señor mío, os pido por mis padres, hermanos y parientes, amigos y enemigos, vivos y difuntos, para obtener la vida eterna y el perdón de mis pecados: por nuestro Señor Jesucristo. Amén.

EPÍSTOLA.

Innumerables fueron los prodigios que obrastéis en favor de vuestro pueblo, ¡oh Señor! ya en el mar Rojo dividiendo las aguas para que pase y luego se uniesen para confundir á los ejipcios; ya guiándolos por el desierto por medio de una nube; ya alimentándolos con el Maná; les anuncian los Profetas la venida del Mesías y nosotros vemos el cumplimiento de aquellos oráculos con alegría de nuestro corazón. ¡Quién tuviera las luces de los Profetas para anunciaros, los deseos de los Patriarcas para serviros y la caridad de los Apóstoles para amaros!

EL EVANGELIO.

Oye alma mía, la regla de tu fé y costumbres. Ya no nos hablan, ni nos instruyen los Profetas y los Apóstoles: es el mismo Jesucristo sentado junto al Padre. El Evangelio es la ley Santa que prometí cumplir en el Bautismo. Si la guardo con exactitud, me salvaré; si no la guardo me condenaré sin remedio.

EL CREDO.

La Fé es necesaria para salvarse; pero la *Fé sin obras es muerta*. Cuando se comienza á vivir mal, es consecuencia legítima titubear en la Fé. No es la razón la causa de nuestra incredulidad, es nuestra voluntad corrompida: pues no hay hombres, ni ha habido, ni habrá que, teniendo buena razón y sano juicio, duden de los Misterios y verdades de nuestra Religión, á no ser que sus costumbres estén corrompidas. Deseo y quiero que mi vida sea arreglada por mi fé. Mi salvación es obra de Dios; mi condenación será obra de mis acciones.

OFERTORIO.

Vos, Señor, os ofrecéis al Padre Eterno para remedio de los hombres. ¿Perderé yo por culpa

mia fruto tan precioso? Vos os entregais por mí; pues yo me entrego ahora todo á Vos. Aceptad mi sacrificio. Yo os consagro mis deseos, mis pensamientos, mis palabras y mis acciones en unión del sacrificio incruento del Altar. Ofreciéndoos á vuestro Hijo, os pido por la Santa Iglesia, por el Romano Pontífice, por los Obispos, Príncipes y fieles de toda la cristiandad. Conceded á las almas del Purgatorio vuestra eterna gloria. Tened piedad, Dios mío, de los pecadores, infieles y herejes: y no os olvidéis de vuestras misericordias. Haced, Señor, un nuevo prodigio: mi corazón duro y sin virtud trocadlo en santo, fervoroso y perfecto.

PREFACIO.

Levantemos nuestro corazón hacia lo invisible; subamos en espíritu más arriba de las nubes, y dentro ya de los cielos, en compañía de los espíritus angélicos, bendigamos á Dios. De concierto con los Angeles y Arcángeles, con los Querubines, Serafines, Tronos, Dominaciones y Potestades, digamos llenos de alegría: ¡Santo, Santo, Santo es el Señor de los ejércitos! Llenos están los cielos y la tierra de tu gloria. Bendito sea el que viene en nombre del Señor.

CANON.

Ya llega el Señor lleno de humildad y rodeado de mansedumbre; ya viene mi Rey respirando paz; ya las nubes van á dejar caer el rocío del cielo para que la tierra produzca al Salvador del mundo. No viene con el aparato de los reyes del mundo, no trae ni carrozas ni aparato exterior, porque nuestros ojos no podrían soportar su resplandor. El oculta su grandeza; pero anda sobre las plumas de los Ángeles. El no lleva comitiva ilustre; pero es ciertísimo que su Trono está sobre los Querubines y Serafines. Prepárate, alma mía, para recibir al Esposo. Los adornos que más le agradan son la humildad, la pureza, la modestia y la mansedumbre. Las galas de su agrado son la fé viva, la esperanza ardiente y la caridad á toda prueba. Aumentad, Dios mío, mi fé, alentad mi esperanza y abrasadme en vuestro amor. Yo creo y espero en Vos y os amo con todo mi corazón. Mi alma os espera: venid, Señor, para haceros el objeto de mis obsequios.

ELEVACIÓN.

Puede decirse al elevar la Hostia tres veces: ¡Cuerpo precioso de mi Señor Jesucristo! Guar-

dad mi alma y llevadme á descansar á la vida eterna.

A la elevación del cáliz otras tres: ¡Oh sangre preciosísima derramada por todos los hombres! Yo te adoro y espero que limpiarás mi alma de todos mis pecados.

DESPUÉS DE ALZAR.

¡Qué milagros, Dios mío, en un solo milagro! Todo un Dios sujeto á la voz de un sacerdote; el pan y el vino convertidos en cuerpo y sangre de Jesucristo; el cuerpo y sangre de Jesucristo realmente presentes en nuestros altares. Me atrevo á decir con San Agustín que: «Aunque el poder
«de Dios es infinito, no pudo darnos cosa más
«grande; aunque su sabiduría no tiene límites,
«no supo hallar un medio más excelente para
«hacernos bien; aunque sus riquezas son inmen-
«sas, no tuvo don más magnífico que darnos.»
¿Quién no se quedará atónito al considerar que lo que era pan se ha hecho carne, sin dejar de parecer pan? Quién no se admirará considerando que el pan y el vino se han hecho realmente cuerpo y sangre de Jesucristo? ¡Ay Dios mío! no era bastante haceros hombre para salvarnos? ¿Era poco derramar vuestra sangre para obrar nuestra Redención? Seguramente que nosotros

no nos hubiéramos atrevido á pedir tanto. Pero El nos dá más de lo que nosotros le hubiéramos pedido. Jesús quiere que en memoria de la Cruz se celebre el Sacrificio del Altar, para estar con nosotros hasta el fin de los siglos. Es más: quiere que nos alimentemos con su misma carne y sangre, para que seamos una misma cosa con El. ¡Oh prodigio incomprensible de amor! Jesús abrasado de amor por nosotros!

PATER NOSTER.

Padre nuestro que estás en los Cielos. Dicha grande es la nuestra tener por padre al mismo Dios, Padre el más tierno, compasivo y cariñoso de todos los padres. Yo glorificaré vuestro Santísimo Nombre, deseando que reinéis sobre todas las voluntades. Dadme el alimento temporal y espiritual para vivir en vuestra gracia y llegar luego á la eterna. Perdono de corazón á mis enemigos y espero que Vos perdonaréis mis culpas y pecados, que me sacaréis triunfante en mis tentaciones y que me libraréis de todo aquello que impida la consecución de vuestra gloria.

AGNUS DEI.

Cordero de Dios, sacrificado en una cruz por mi amor, ten piedad de nosotros. Víctima adora-

ble de mi salvación, alcánzame el perdón de mis pecados. Mediador divino entre Dios y los hombres, abridme las puertas del Cielo.

COMUNIÓN.

Este es el Pan que bajó del Cielo: el que come este Pan vivirá eternamente. Creo firmemente esta verdad; pero veo que no soy digno de tanto favor. Si Vos no me llamaséis, ¿cómo me atrevería no digo á recibirlos realmente, pero ni tan siquiera espiritualmente? Pero Vos me llamáis y espero que supliréis lo mucho que me falta para recibirlos dignamente. Venid amor santo, á tomar posesión de mí, Venid, que mi alma suspira por ese amor. Yo me uno á Vos, ¡oh Dios mío,! y quiero que esta unión sea eterna.

ÚLTIMAS ORACIONES.

Jesucristo murió en una cruz para reconciliarnos con su Eterno Padre, mediante el Sacrificio que hizo de sí mismo. Este Sacrificio se renueva todos los días de un modo admirable en nuestros altares. Vos, Dios mío, os sacrificais por mi salud: pues yo quiero sacrificarme por vuestra glo-

ria. Vos os entregais á las criaturas: pues yo me entrego todo á Vos, mi Dios y mi dueño: huiré en adelante hasta de la sombra de pecado y aceptaré las cruces que me enviéis para satisfacer por mis culpas pasadas.

BENDICIÓN.

Benedicidme por mano de vuestro Sacerdote para tener constancia en el cumplimiento de los propósitos que he hecho.

ULTIMO EVANGELIO.

El peligro mayor del hombre es no reconocer al Hijo único del Padre, bajado de los Cielos para enseñarnos con sus palabras, sus ejemplos y sus preceptos el camino que conduce al Cielo. No permitais, Dios mío, que sea yo de ese número, ni de los cristianos que os deshonran. Yo os reconozco y adoro por mi Salvador; en Vos pongo mi confianza y nada me separará de Vos, ni las prosperidades, ni las desgracias me apartarán de vuestro servicio. Dadme gracia para santificarme en esta vida y poseeros eternamente en la otra. Amén.

ACCIÓN DE GRACIAS DESPUÉS DE LA MISA.

Beneficio grande es el que acabo de recibir de vuestra mano. Me habéis preferido á otros muchos que no han tenido la dicha de oír el Santo Sacrificio de la Misa, preferencia que me obliga á estaros más reconocido, porque estos la hubieran oído con más piedad, recogimiento y fervor que yo. Propongo oírla en lo sucesivo con más devoción. Para conseguirlo cumpliré antes las obligaciones de mi estado. Así sea.



DE LA CONFESION

El Sacramento de la Penitencia es la medicina para la salud del alma. ¿Cuál es la causa que hace que unos se levanten de los piés del confesor llenos de gracia y perdonados sus pecados, y otros más criminales que antes, por haber cometido un sacrilegio? Consiste en que los primeros se disponen debidamente para confesarse, al paso que los segundos se llegan á los pies del Confesor sin preparación, totalmente indispuestos. Desgraciadamente el número de estos es más crecido de lo que se cree. Muchas confesiones y poca enmienda. Muchos penitentes y la relajación aumenta de día en día. Reflexionemos nosotros para disponernos debidamente.

ORACIÓN PARA ANTES DEL EXAMEN DE CONCIENCIA.

Dios Omnipotente que ves hasta los más recónditos pensamientos del corazón humano, aquí me teiréis á vuestros piés implorando vuestra asistencia para conocer debidamente mis culpas. Concededme un rayo de vuestra luz, alumbrad mi entendimiento, ilustrad mi alma ó imponed silencio á mis pasiones para registrar hasta los más íntimos sentimientos de mi corazón y ver con claridad las ofensas que os he hecho. Esta

gracia os pido y la espero de vuestra misericordia. Virgen Santísima, Angel de mi guarda, San José y demás Santos de mi devoción alcanzadme esta gracia.

EXAMEN.

1.º En orden á Dios. He tenido fé, esperanza y caridad? He practicado los actos de estas virtudes? He respetado el santo nombre de Dios, ó le he ofendido con blasfemias y juramentos falsos? He santificado las fiestas? He oido misa todos los días festivos? La he oido con devoción? He guardado los ayunos? He faltado á las vigiliass? Y los demás preceptos como los he guardado? Examínate bien y con detenimiento.

2.º En orden de sí mismo. He tenido cuidado de mis domésticos ó criados como si fuesen de mi familia no solo en lo temporal, sino también en lo espiritual, procurando que vivan como buenos cristianos? He respetado y obedecido á mis superiores? He cumplido las obligaciones de mi estado? He asistido á diversiones de suyo pecaminosas é ilícitas? Y en las lícitas, como me he portado? He tenido templanza en la comida y bebida? Cómo he conservado la pureza del cuerpo y del alma? La he manchado con pensamientos impuros, con palabras y conversaciones indecentes y con obras deshonestas?

3.º En orden al prójimo. He tenido odio al

prójimo? Le he deseado ó hecho algún mal? Me he alegrado de sus desgracias y entristecido en sus prosperidades? He quitado al prójimo lo suyo ó lo he retenido contra su voluntad? Le he perjudicado en su honor, fama ó hacienda con murmuraciones, calumnias y vejaciones? Examínate bien en estos tres puntos, hasta que conozcas el número de tus faltas; y si esto no es posible, aproximadamente cuántos pecados has cometido al día ó á la semana. Si no puedes ni aun esto, dí al confesor tus malas costumbres y el tiempo que han durado. Si haces lo que esté de tu parte, el Señor te iluminará y te dará á conocer más de lo que yo te he dicho en los tres puntos del examen.

ORACIÓN PARA PEDIR Á DIOS EL DOLOR.

Dios de bondad y de clemencia, que habéis alumbrado mi inteligencia para conocer el número de mis pecados, infundid en mi alma un verdadero dolor de todos ellos, dolor vehemente que me haga llorar mis culpas y pecados y formar un verdadero propósito de no volver á ofenderos.

MODO DE FORMAR EL DOLOR.

San Carlos Borromeo, para formar el dolor descendía con el pensamiento al infierno, consi-

deraba los tormentos y las penas que había merecido por el pecado y se movía á aborrecerle. Subía después al cielo y ponderando los grandes bienes y paz que Dios promete á los justos, bienes que él no podía esperar por haberse hecho indigno de ellos por sus pecados y se excitaba más al dolor. Iba, por último, al Calvario y viendo á un Dios hombre herido, llagado y muerto por el pecado, conociendo su malicia, aborrecía de corazón sus faltas.

OTRO MODO DE FORMAR EL DOLOR.

Qué he hecho yo, Dios mío, pecando? Me he privado voluntariamente de la gracia, he ultrajado á Jesús, he incurrido en su enojo, he perdido el derecho al Cielo y me he hecho acreedor al infierno. Puede haber mayor desgracia para mí que ser enemigo de Dios y esclavo del demonio? Yo soy hombre destinado al infierno, y esta desgracia por haber pecado, por mi culpa. El demonio me engañó con sus halagos y atractivos; y yo, sin pararme á reflexionar que me separaba de Dios, seguí sus consejos y he llevado una vida licenciosa, de desorden y de vicios. Mas ¡ay! que las promesas del demonio eran falsas y no puedo esperar otra recompensa que el infierno. ¡Insensato y necio de mí! Se pasaron los placeres criminales, y de mis desórdenes y pecados no me

quedará más que la vergüenza, la desesperación y el llanto si muero en rebelión impía contra Dios. Para mí no habrá Cielo, arderé eternamente en el infierno. Estos serán, si, los tormentos de los que mueren en pecado mortal; pero yo, Dios mío, detesto mis culpas y me pesa de todo corazón el haberlos cometido. Perdón, Señor, misericordia, misericordia, que propongo antes morir que pecar.

¿A quién he ofendido? A un Dios de infinita bondad, de infinita misericordia, de infinita clemencia. Contra quién pequé? Contra un Dios que me dió el ser y me conserva la vida, que me redimió con su sangre: en una palabra, que continuamente me hace inmensos bienes y ningún mal. Jesucristo se hizo hombre y no perdonó penas, fatigas ni trabajos para salvarme; sudó sangre; sufrió azotes, espinas y una afrentosa muerte sobre la cruz por llevarme al Cielo. ¿Cómo he tenido valor para pecar? ¡Oh, Dios mío, si yo pudiese derramar mi sangre para lavar las manchas de mis pecados!..... ¡Oh corona de espinas! ¡Oh clavos! ¡Oh lanza! ¡Oh cruz! Venid á mí para que espie mis culpas. Romped mi pecho de dolor por haber ofendido á mi buen Padre, á mi amoroso Redentor, á mi amigo verdadero, á mi humilde Legislador. Me pesa ¡oh Jesús! de haber pecado contra Vos, mi bien, mi salud y mi vida. Muera yo antes de volver á ofenderos. Siento ¡oh Dios mío! en mi alma el haberos injuriado. Pie-

dad, Señor, piedad de esta vil criatura y dadme la muerte antes que volveros á ofender. Amén.

Nota. Muchas confesiones se hacen mal por falta de dolor. No basta recordar los pecados, no: es necesario concebir un verdadero dolor de todos ellos y formar un sólido propósito de no volver á cometerlos. Si ésto no se hace, de nada sirve traerlos á la memoria.

ORACIÓN PARA ANTES DE CONFESARSE.

¡Oh Dios mío! que no queréis la muerte del pecador, sino que se arrepienta y viva; derramad vuestras gracias sobre mí. Vos que me habéis dado gracias para conocer mis culpas, para formar un verdadero dolor de todas ellas y hacer verdaderos propósitos de no volver á cometerlas, asistidme ahora para declararlas con todas sus circunstancias al confesor. Dadme gracia para ponerme á sus pies con humildad, modestia y compunción y para oír de su boca con docilidad de alma arrepentida la reprensión que juzgue necesaria y cumplir la penitencia que me impusiere.

ORACIÓN PARA DESPUÉS DE CONFESARSE.

¡Qué alegría la mía, oh Salvador! mis pecados me tenían triste y abrumado bajo el peso de mis



culpas; pero ya me veo libre por vuestra infinita misericordia. ¿Cómo daré debida satisfacción á vuestra justicia ofendida con mis pecados? Cumpliré la penitencia que me ha impuesto el confesor con puntualidad y fervor y no haré caso de mis pasiones, pues por riguroso que sea es infinitamente menos lo que yo hago de lo que merecen mis pecados. Ayudadme, Virgen Santísima, Angel Santo de mi guarda y demás Santos de mi devoción, alcanzadme el don de la perseverancia. Amén.



DE LA SAGRADA COMUNION.

El que come indignamente el cuerpo de Jesucristo come su propio juicio y condenación. ¿Habrá cristiano tan temerario que se atreva á firmar su sentencia de muerte? No lo permita Dios. Acércate á la mesa de los Ángeles, pero con las debidas disposiciones. Si en lugar de recibirlo santamente lo haces con una conciencia criminal, en vez de santificarte con la sangre del Cordero sin mancilla, te tragas tu propia condenación y haces, dice San Cipriano, violencia al cuerpo y sangre de Jesucristo.

PARA ANTES DE LA COMUNIÓN.

Nada hay tan útil para las almas, ni nada puede inflamarlas mejor en el amor divino que la Sagrada Comunión. En el Hijo ha puesto el Padre todas sus riquezas. Cuando Jesús viene á las almas por la Sagrada Comunión las llena de gracias; entonces esta dichosa alma puede decir: Todos los bienes me han venido con la Eucaristía. ¡Oh Santa Comunión! El Amor de Jesús te instituyó, y ese mismo amor obliga á Jesús á decirnos: *Venid, tomad y comed.* Comed no un manjar terrestre, sino celestial, el Pan de los Angeles, mi mismo

Cuerpo ¡Oh prodigio incomprendible de amor! El profeta Isaías quería que se manifestasen á todo el mundo las invenciones del amor de Dios para hacerse amar de los hombres. Pero, ¿quién hubiera creído lo que el amor de Jesús ha obrado por el amor de los hombres? ¿Qué imaginación por viva que fuese, pudo comprender que el Verbo encarnado bajo las especies de pan y vino, había de ser el alimento de los hombres? *Tomad y comed*, nos dijo Jesucristo, *este es mi cuerpo: tomad y bebed, esta es mi sangre*. ¡Oh prodigio entre los prodigios del amor Dios para el hombre!

Pero, ¿Cómo tiene Jesús tan ardiente deseo de que le recibamos en la Comunión? Porque el que ama desea estar siempre unido con el objeto de su amor. Y esto, sucede cuando comulgamos? Sí: Jesús lo ha dicho: *El que come mi carne y bebe mi sangre está en Mí y Yo en él*. ¡Oh divino Esposo de nuestras almas,! diré con San Lorenzo Justiano. Vos habéis querido por este Sacramento de amor que vuestro corazón y el nuestro fuesen un solo corazón. En la Sagrada Comunión Jesús se une á nuestra alma y nuestra alma á Jesús; pero no con unión ficticia y aparente, sino con una unión real y verdadera. El amor que Dios tiene á los hombres es inmenso. El fuego de su amor es tan intenso que quiere que seamos una misma cosa con El, no solo en el Cielo, sino en la tierra por la unión de la Eucaristía. Dice San Francisco de Sales que: «en ninguna parte se

«muestra el Salvador más tierno ni más amante
«que en este Sacramento, en donde se anonada,
«por decirlo así, y se reduce á alimento para pe-
«netrar las almas y unirse al corazón de los
«fieles.»

Según esto, ¿qué hago por Jesús adorable? Venid, Dios de infinito amor, venid á mi alma, y llenadla de vuestras finezas. Venid, objeto de mis cariños. De los mayores pecadores hacéis Santos; obrad en mí ese milagro. Yo me arrepiento de haberos ofendido y quisiera morir de pena y de dolor. Vos me llamáis á la penitencia; hacedme vuestro amante hasta morir. ¡Hostia Sacrosanta! Ven á mis labios y hazme gustar las delicias que gustan las almas puras. ¡Oh dulcísimo Jesús! Atraedme con las dulzuras del amor infinito que me manifestáis en ese Sacramento de amor. Yo dejaré las cosas criadas y correré hacia Vos, como el ciervo sediento corre á buscar las aguas.

¡Ah quién me diera las virtudes de los Santos para recibirlos! ¡Oh si yo os amase con el amor que os amó María Santísima! Pero, Señor, yo soy un pobre que no me acercaría á esa celestial mesa, si Vos mismo no me llamaséis. Tengo esperanza en Vos y creo que me llenaréis de riquezas celestiales. Yo no tengo nada que ofrecer, mi corazón está frío como el hielo; santificadle con vuestra venida y haced que yo viva en Vos y para Vos.

Nota. Al comulgatorio se debe acercar vestido honestamente y con gran humildad y devoción. Cuando tocan la campanilla debe decirse: Señor mio Jesucristo yo no soy, etc. Es práctica muy general entre personas piadosas hacer antes de comulgar actos de contrición.

PARA DESPUES DE LA COMUNION.

AL PADRE ETERNO.

Santísimo Padre, yo indigna criatura he recibido á vuestro amadísimo Hijo y, como si fuese cosa mía, lo tengo en mi pecho: así como El se ofreció cuando estaba reclinado en el pesebre y pendiente en la cruz, yo lo ofrezco á vuestra soberana Magestad para alabanza y gloria vuestra, en reconocimiento de vuestro dominio, en acción de gracias por todos los beneficios recibidos y en satisfacción de mis pecados.

PETICIÓN.

Señor, recibiendo á vuestro Santísimo Hijo me he hecho participante de todos sus méritos; apoyado en éstos me atrevo á suplicaros me déis gracia para cumplir siempre vuestra santísima voluntad; para vivir y morir en Vos; para ser hu-

milde, casto, perfecto y lleno de caridad. Dadme, oh Santísimo Padre, fuerzas para cumplir la muy santa voluntad de vuestro Hijo; adornadme con aquellas santas virtudes de Fé, Esperanza, Caridad, Paciencia, Castidad, etc, y todas las gracias que sabéis me son necesarias; iluminad mi entendimiento para conocer lo que queréis de mí, para serviros con fidelidad y para amaros constantemente. Amén.

ACCIÓN DE GRACIAS.

Gracias os doy, benignísimo Jesucristo, porque á mí, miserable pecador, me habéis admitido al convite de vuestra mesa celestial. ¡Oh buen Jesús, única esperanza y vida de mi alma! ¡Oh dulzura de mi corazón! ¡Oh eterno bien mío! Úneme íntimamente á la gloria de tu dulcísimo Nombre. Yo os ofrezco esta comunión para eterna gloria vuestra y por la salud de todos.

ORACIÓN DE SAN IGNACIO.

Alma de Cristo, santificame;
Cuerpo de Cristo, sálvame;
Sangre de Cristo, embriágame;
Agua del costado de Cristo, lávame;
Pasión de Cristo, confórtame;

Oh buen Jesús, óyeme;
Dentro de tus llagas, escóndeme;
No permitas que yo me separe de Tí;
Del enemigo maligno, defiéndeme;
En la hora de mi muerte, llámame,
Y mándame venir á Tí,
Para que con tus Santos te alabe,
Por los siglos de los siglos. Amén.

OTRA ORACIÓN DE SAN IGNACIO.

Tomad, oh Señor, y recibid mi libertad, mi memoria, mi entendimiento, mi voluntad y todo cuanto yo tengo y poseo. Vos, Señor, me habéis dado todas estas cosas y yo os las devuelvo: disponed de ellas según vuestra santísima voluntad. Dadme vuestra gracia y amor, y con esto tengo suficiente.

Á LA VIRGEN SANTÍSIMA.

¡Oh María! Virgen y Madre Santísima, yo he recibido á vuestro Hijo Santísimo, aquel Hijo que concebiste por virtud del Espíritu Santo, aquél que alimentaste y estrechaste en tus brazos y que llenaste de cariños; este mismo os presento humildemente para que los estrechéis en vuestros brazos, para que le améis con vuestro corazón;

yo os lo ofrezco para vuestra gloria y para que socorra mis necesidades y las de todo el mundo. Yo os ruego, piadosísima Madre, me alcancéis el perdón de mis pecados, abundantes gracias para servirle fielmente y, por fin, la gracia final, para que contigo le pueda alabar por los siglos de los siglos. Amén.

Alma de la Virgen, ilumíname;

Cuerpo de la Virgen, custódiame;

Leche de la Virgen, aliméntame;

Tránsito de la Virgen, confirmame;

Oh María Madre de fervor, inflámame,

Para que el Hijo que llevaste en tu seno me favorezca;

Haz que siempre te imite;

Para que no me vuelva frío, protégeme;

En la hora de mi muerte, llámame;

Prepárame el camino seguro que lleva á Tí,

Para que con tus elegidos te glorifique

Por los siglos de los siglos. Amén.

PARA PEDIR POR TODA LA IGLESIA.

Santifica, piadoso Padre, á tu Iglesia, aparta de ella todos los escándalos y cismas, para que haya un solo rebaño y un solo Pastor; llena de misericordia á todas las gentes, ilumina sus corazones para que todos te amen; disipa los consejos impíos para que no hagan guerra á tu Rei-

no y á la propagación de tu gloria; dá al Romano Pontífice, á los Prelados, á todos los eclesiásticos y religioso su amor, para que cumplan con sus deberes; á los Emperadores, Reyes, Príncipes y Magistrados, sabiduría, con la cual admistren fielmente la justicia; á los agonizantes, verdadera contrición y tu amor; á los pecadores, perdón y verdadera enmienda; á mis enemigos, tu caridad y tu dulzura; á mis amigos, bienhechores y consanguíneos, tu dilección; á las almas del Purgatorio, principalmente á aquellas que estoy mas obligado, el descanso y la bienaventuranza eterna. Amén.

Otras muchas peticiones se pueden hacer, según las necesidades de cada uno. Ninguna ocasión tan propicia como ésta.

FIN.

ERRATAS MAS IMPORTANTES



PÁGINA.	LÍNEA.	Dice.	Debe decir.
9	10 y 11	obras de todos	obras de gran mérito, pero que no están al alcance de todos.
14	19	alcanzaremos	alcanzaremos
17	11	entienden	se entienden
17	18	exaudi	axaúdi
18	26	cœlis	cœlis
26	23	as	así
83	19	Asueron	Asuero
92	23	con tituido	constituido
98	15	Santórum	Sanctórum
107	19	aun más	más



INDICE

de las materias que comprende el
presente libro

	<u>Páginas</u>
Autorización eclesiática.	3
Consagración.. . . .	5
Dedicatoria.. . . .	7
Al que leyere.	9
Kyrie eléison.. . . .	11
Christe eléison.	12
Kyrie eléison.. . . .	14
Christe audi nos.	15
Christe exaúdi nos.	17
Parter de Coelis Deus.. . . .	18
Filii Redemptor mundi Deus.	20
Spiritus Sancte Deus	21
Sancta Trinitas unus Deus.	23
Sancta María.	24
Sancta Dei Génitrix.	26
Sancta Virgo Virginum.	28
Mater Christi.	29
Mater divinae grátiae.	31
Mater puríssima.	33
Mater castíssima.	34
Mater inviolata.	36

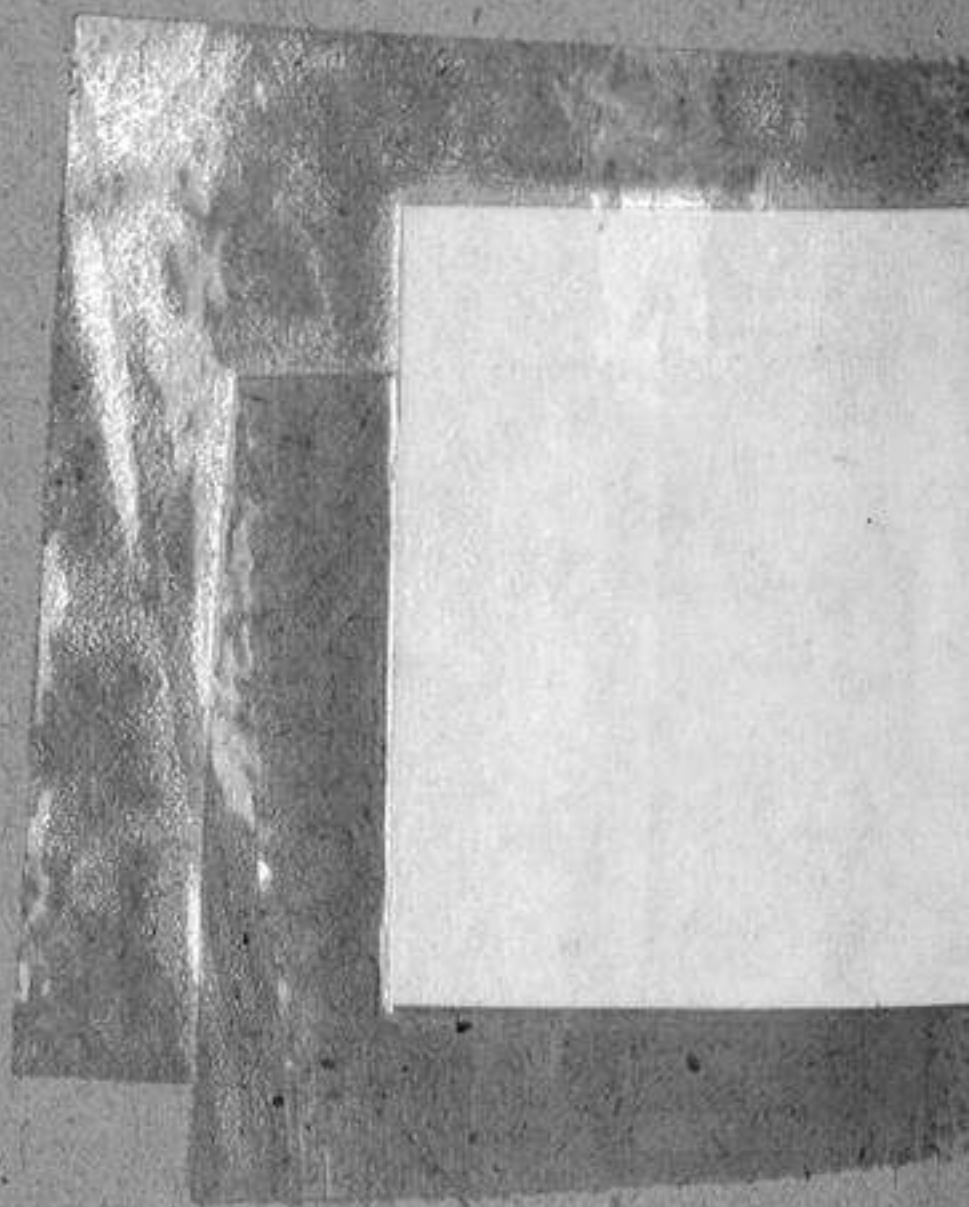
	Pagina
Mater intemerata.	37
Mater amabilis	39
Mater admirabilis.	41
Mater Creatóris.	43
Mater Salvatóris.	44
Virgo prudentíssima.	46
Virgo veneranda.	47
Virgo praedicanda.	49
Virgo potens.	51
Virgo clemens.	53
Virgo fidelis.	55
Speculum Justítiæ.	56
Sedes Sapiéntiæ.. . . .	58
Causa nostræ laetitiæ.. . . .	60
Vas spirituále.. . . .	62
Vas honorábile.	64
Vas insigne devotiónis.. . . .	65
Rosa mystica	67
Turris Davidica.. . . .	69
Turris ebúrnea.	70
Domus aúrea.	72
Fæderis arca.. . . .	74
Jánua Cœli.	75
Stella matutina.	77
Salus infirmórum.	79
Refúgium peccatórum.	81
Consolátrix afictórum.. . . .	83
Auxílium christianórum	85

Regina Angelórum.	86
Regina Patriarchárum.. . . .	88
Regina Prophetárum.	90
Regina Apostolórum.	91
Regina Mártirum.	93
Regina Confessórum.	95
Regina Virginum.	97
Regina Sanctórum ómnium.	98
Regina sine labe origináli concépta.	100
Regina Sacratissime Rosárii.	103
Agnus Dei qui tollis peccáta mundi.	106
Agnus Dei qui tollis peccáta mundi.	108
Agnus Dei qui tollis peccáta mundi.	109
Modo de oír la Santa Misa.	112
Oración para antes de la Misa.	113
La Confesión.	113
Intróito.. . . .	114
Quiries.	114
Gloria ni excelsis Deo.	114
Oración.	115
Epístola.. . . .	115
El Evangelio.	116
El Credo.	116
Ofertorio.	117
Prefacio.	117
Canon	118
Elevación.	119
Después de alzar.	119

	Pagina
Pater noster.	120
Agnus Dei.	121
Comunión.	121
Ultimas oraciones.	121
Bendición.	122
Ultimo Evangelio.	122
Acción de gracias después de la Misa.	123
De la Confesión.	124
Oración para antes del examen de conciencia.	124
Examen	125
Oración para pedir á Dios el dolor.	127
Modo de formar el dolor	128
Otro modo de formar el dolor.	128
Oración para antes de confesarse	129
Oración para después de confesarse.	129
De la Sagrada Comunión,	130
Para antes de la Comunión.	130
Para después de la Comunión.	133
Petición.	133
Acción de gracias.	134
Oración de San Ignacio.	134
Otra oración de San Ignacio.	135
A la Virgen Santísima.	135
Para pedir por toda la Iglesia.	136







127

R